

## RECENSIONES

PIERRE GEORGE M. AGULHON, L. A. LAVANDEYRA. — H. D. ELHAL, R. SCHAEFFER: *Etudes sur la banlieu de Paris. Essais méthodologiques.*—Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 12. Librairie Armand Colin. Paris, 1950. 183 págs.

La Sociología moderna ha dedicado una especial atención al estudio de la vida social en relación con el medio, el espacio y el *habitat*, dando nacimiento a toda una rama científica: la Ecología. La ciudad, las grandes aglomeraciones urbanas con sus *slums*, las *banlieux*, los suburbios, poblados satélites, son sin duda uno de los fenómenos sociales más complejos e interesantes. Y es que la ciudad misma, producto típico del Occidente, es un fenómeno histórico y social específico. A esas formas de convivencia suburbana están dedicados los estudios del presente volumen. Estudios de orientación muy diversa, sin pretensión de ofrecer «conclusiones ni aun desde un ángulo metodológico», sino sugerencias y posibles vías de investigación.

Por un lado, las transformaciones económicas, industrialización, economía bancaria, grandes establecimientos comerciales, y por otro, correlativamente, el incremento de los servicios públicos y de la burocracia, producen una modificación cuantitativa en la población de las grandes ciudades y, de un modo especial, en la capital. Transformación que, sin embargo, no es sólo cuantitativa, sino específicamente cualitativa: segregación de clases sociales. Cambio social que lentamente altera también la estructura urbana. En una primera fase se produce una concentración humana sórdida en las viejas zonas burguesas abandonadas por sus antiguos inquilinos. Tipo de *habitat* que produce una disminución en el rendimiento, un aumento en los gastos sociales y una retracción del mercado del trabajo. Esto, y el peligro de la lucha de clases, el deseo de alejar de sus barrios burgueses el proletariado, hace que la clase dirigente inicie una nueva política urbana. Por otro lado está la de los municipios de *banlieu*, gobernados por Ayuntamientos proletarios. Po-

líticas que perduran en el paisaje urbano en toda su diversidad y contradictoriedad.

La gran ciudad ha surgido con la aparición de las grandes fábricas. Antes la función comercial o industrial no se hallaba separada de la de vivienda, pero la concentración industrial vino a exigir grandes superficies llanas, lo que las hace situarse fuera de la ciudad. Las grandes masas de obreros inestables en sus empleos hacen que se rompa la antigua vinculación geográfica de la empresa y su mano de obra. Se hacen necesarios los transportes colectivos que faciliten esos movimientos «pendulares» entre el domicilio y el lugar de trabajo. Por otra parte, las incomodidades producidas por la industria y la población proletaria asentada en torno, sobre todo si no es cualificada, y aún más si es colonial, actúan alejando de esos sectores a las otras clases. Se dibuja cada vez más clara la división clasista en la ciudad. Otras veces surgen núcleos de población específicos: ciudades hongo de la *banlieu*. Al insertarse éstas en aglomeraciones anteriores, *faubourgs*, localidades suburbanas, rurales o residenciales, se produce todo un ciclo de transformaciones que encuentran su manifestación característica en la política local.

El gran comercio, las actividades bancarias y los servicios públicos dan nacimiento a un *sin fin de gentes no directamente productoras* que, por sus aspiraciones y comportamiento, más que por sus ingresos, pertenecen a las clases medias. Menos habituados a la vida colectiva, aspiran a un *habitat* más individual, por lo que van a poblar las *banlieux* residenciales. Un tipo específico es la zona de *lotissement*, al Sur y Este, fruto de la generalización sistemática del *habitat* suburbano individual y de una política social seguida entre ambas guerras para descongestionar la aglomeración urbana, alejar de su conciencia de clase a los proletarios y pequeños burgueses proletarizados, facilitándoles el acceso a la propiedad por medio de una legislación protectora y la creación de transportes suburbanos económicos. Son sus habitantes obreros y empleados cuidando sus huertas y corrales en las horas libres. Un mundo heterogéneo y anárquico, símbolo del liberalismo e individualismo, frente al sentido colectivo y proletario hecho «ladrillo» en grandes bloques. Otro ensayo son las «H. B. M.» sobre los emplazamientos de las antiguas fortificaciones. Pierre George termina señalando una serie de elementos a tener en cuenta en el estudio: 1) Composición profesional de la población (con mapas por puntos que representan la residencia de cada persona activa). 2) Lugares de trabajo, distinguiendo

do las empresas por su importancia y características, desplazamientos colectivos. 3) Sociología electoral, en coyunturas económicas y sociales dadas. 4) Estudios demográficos detallados. Las monografías locales habrían de ensamblarse después en un estudio global en que se enlazaran con el estudio del corazón de la urbe.

Maurice Agulhon en *L'opinion politique dans une commune de banlieu sous la troisième république —Bobigny de 1850 a 1914—* señala cómo en la sociología electoral de *banlieu* es preciso rechazar *a priori* el supuesto metódico de Siegfried: «establecer permanencias y continuidades y ponerlas en relación con las constantes físicas, históricas o sociales de medios geográficos estables.» La opinión política reflejará el cambio total de la vida económica y la composición social. El aumento numérico de clases distintas, la superposición de grupos de población antiguos y nuevos, y su distinta actitud ante la urbanización, encontrarán su expresión en los datos electorales.

Así, la historia de Bobigny de 1800 a 1946 presenta etapas muy distintas, cuyo conocimiento le permite interpretar la estructura política.

Municipio rural de 1801 a 1856, después *banlieu maraichère* hasta 1901, en que se transforma en *banlieu* industrial. Los datos de los archivos nos dan la estructura social económica y política del poblado rural con sus restos de gran propiedad, la dirección política en manos de los propietarios ricos, etc. Son las reformas de Haussmann y la inmigración de las provincias consecuencia de la transformación económica del agro francés las que dan lugar a la invasión por las huertas. Los pequeños cultivadores constituyen un medio homogéneo; su género de vida, condiciones económicas, son comunes. Apenas hay una clase de asalariados, pues la mano de obra es familiar o, si es extraña, aspira a adquirir la propiedad, ya sea por la herencia, el matrimonio o con sus ahorros. Su tipo de vida contrasta con el de los antiguos habitantes campesinos.

Ya antes de 1880 se inicia una débil inmigración de obreros y empleados que trabajan en París. Van asentándose en distintos núcleos a medida que progresa la actividad de las sociedades parceladoras. Falta toda urbanización, luz, agua, y la miseria ronda a los nuevos habitantes cuando el paro o la enfermedad les impiden pagar las cuotas de amortización. Es «pueblo nuevo» —así se llama uno de los núcleos— frente a los antiguos habitantes rurales, burgueses o huertanos. Sus intereses son contrapuestos a los de aqué-

llos (piden vías de comunicación, servicios públicos; los otros se oponen, tienen su pozo y su caballo, y toda obra haría subir los impuestos e incrementaría la inmigración y la urbanización y con ello la subida de precio de los terrenos). Así, los campesinos y huertanos, pese a que haya algunos problemas sociales, no simpatizan con el socialismo anarcosindicalista, sino que apoyan en la política local a las fuerzas conservadoras.

En este tipo de municipios, todo hace resaltar con nitidez y clara conciencia la lucha de clase. La falta de historia y tradición, la descristianización casi total, los cambios producidos en el curso de una generación, hacen que la evolución económica y sus repercusiones sociales se dibujen con toda claridad.

Hay siempre una inadecuación del cuadro político a la realidad social que ha de expresar, fatal por otra parte, en un medio geográfico de transformación rápida.

Mientras en el segundo imperio se votaba casi unánimemente la lista oficial, en 1869 los *marailleurs* hacen que, frente al partido de orden, adquiera casi igual fuerza el republicano, y sólo los asalariados no agrícolas votan por una extrema izquierda radical. Sigue la etapa de 1870 hasta 1900: predominio del republicanismo, lucha entre oportunistas y radicales; aquéllos representando a la vieja sociedad rural, cada vez más minoritaria, estable y moderada, y los otros apoyados fundamentalmente por los *marailleurs*. Estos van pasando de la izquierda a la extrema izquierda, apoyando incluso en 1902 a los socialistas. En 1906 se produce un giro total. Se constituye el partido socialista unificado. Los *marailleurs* se separan de él no sólo por razones de política local, sino de orden general: el S. F. I. O. había presentado una proposición de ley para limitar a ocho horas la jornada en la agricultura. En 1912 se concluye la unificación política del medio rural, de los *vieux habitants*. A medida que aumenta la población proletaria, el candidato socialista gana votos. Los electores se inclinan por su adversario, ya sea radical o de derechas. La división clasista domina sobre todas las coaliciones de los grupos políticos de derecha e izquierda. La reacción política es índice de un grupo social amenazado por circunstancias geográficas y locales más que sociales e históricas. Los inmigrantes que en su día representaron las ideas más avanzadas, pasan así a sostener las más reaccionarias. Es de lamentar que el estudio no se haya proseguido hasta 1946, entrando en todos los interesantes problemas que se apuntan: concretamente las fron-

teras de clase, los límites entre socialismo y comunismo, la medida en que una política menos sectaria del mundo obrero haría evolucionar la actual política reaccionaria de la masa rural y las clases medias.

Supuesto metódico del trabajo es que: «El conjunto de los factores determinantes de las opiniones políticas de la gran masa descansa en la condición económica y social de los ciudadanos, entendiéndose como tal no sólo la situación económica de un momento dado, sino también el resultado de una evolución, ya sea hacia un estado mejor, ya sea hacia dificultades mayores, tanto en el tiempo como en los encuentros entre las clases, sus conflictos de intereses e ideas: sus relaciones recíprocas hasta en la escala local.»

Desde este ángulo dinámico se enfrenta, pues, con una «de las más completas metamorfosis del mundo moderno, el paso de la vida rural a la aglomeración urbana».

El trabajo de L. A. Lavandeyra sobre Saint-Maur-des Fosses, municipio que ocupa el puente del Marne, es posiblemente el más completo, tanto por el material aportado (entre el que destacan los numerosos planos y gráficos) como por los aspectos tenidos en cuenta, las sugerencias metódicas, la complejidad misma de esta *banlieue*. Sería vana pretensión resumir ochenta y cinco páginas de datos sociográficos, cifras y gráficos, por lo que nos limitaremos a destacar algunos aspectos interesantes. Las migraciones pendulares (Pendelwanderungen), entre Saint-Maur y los municipios de la *banlieue Est* y el núcleo parisino son para él de tal importancia, que todos los otros fenómenos demográficos, económicos, sociales y políticos pueden ordenarse en torno a su estudio. La fuente del mismo son las estadísticas de las distintas estaciones de la S. N. C. F. y de las líneas de autobuses, las horas de afluencia a la llegada y salida, abonos semanales, etc., datos que caracterizan el tipo de población de cada uno de los barrios.

Al caracterizar los distintos barrios se señalan los viejos restos rurales, la influencia de la penetración ferroviaria, los sectores aislados y artesanos, etc., núcleos que constituyen unidades sociales que casi coinciden con las divisiones administrativas, aunque no con las secciones electorales. Esta coincidencia entre la realidad social y la divisiones administrativas ha de tenerse siempre muy en cuenta en todo estudio sociográfico. Los datos sobre las contribuciones directas permiten caracterizar el *habitat* por la fecha de su construcción, destino, situación jurídica del ocupante, renta, en rela-

ción con los distintos barrios. De ello se puede deducir una proletarización progresiva. Por otro lado, hay un gran número de familias propietarias (por ejemplo, de 4.215 obreras, sólo 1.288 son arrendatarias). Un tercer capítulo se centra en el estudio demográfico. El origen de la población, de inmigración no masiva, sino individual, por el carácter no industrial del municipio; la natalidad, mayor en la burguesía; las relaciones recíprocas entre *habitat* y natalidad, etc. La estructura económica está caracterizada por la falta de empresas industriales debida a una política municipal opuesta a la industrialización y por sus consecuencias políticas. Se entra en aspectos tan interesante como los precios en distintos sectores. La estructura de la población activa es analizada con detalle. Insistiéndose en ella en el capítulo V, donde se toman los datos de profesiones en los distintos barrios, tomando como elemento de aproximación los teléfonos, las criadas, los estudiantes, los casos de tuberculosis y su distribución geográfica.

Es el capítulo final sobre el comportamiento humano el más interesante para el sociólogo. Las relaciones entre las clases están caracterizadas por una tendencia a su separación en el espacio. La nupcialidad indica una propensión a evadirse del medio, especialmente entre los obreros.

En la sociología religiosa encontramos un hecho curioso: los medios proletarios han roto con la Iglesia de un modo más claro en aquellos barrios de fuerte porcentaje de obreros, y menos en los otros. Ya no es la Iglesia la que constituye los núcleos urbanos, sino que éstos influyen sobre ella, haciendo que se adapte al medio. Es en torno a la iglesia donde el número de los practicantes es más elevado. Se estudian con especial interés los datos de los registros de bautismo y de primera comunión, destacándose todas las dificultades de la comparación con los registros civiles de demarcaciones distintas.

Es la sociología electoral de la postguerra la que atrae de un modo especial el interés de estos estudios sociográficos. Al comparar la estructura social y la distribución de los votos, el *éventail* social y el *arc-en ciel* político se cotejan las conclusiones con las de Pierre George (1). Como problemas se apuntan los siguientes: 1) En qué medida el porcentaje comunista corresponde al de vo-

---

(1) *Études de Sociologie Électorale*. Cah. de le Fond. Nat. des Sc. Politiques, n.º 1. Vid. recensión en este mismo número de la REVISTA.

tos obreros. 2) En qué medida el número de asalariados: empleados y obreros, excede a la suma de P. C. F. y S. F. I. O., aunque muchas veces sea inferior a los sufragios emitidos a favor de éstos. 3) Un especial interés ofrece el estudio de la fracción de asalariados que apoya al M. R. P., incluso en las secciones donde los marxistas son más potentes. En las conclusiones se destaca el problema de una descentralización industrial y su enlace con estos estudios de *banlieue*.

El artículo de Elhai sobre los H. B. M. (Habitations à Bon Marché) de la Porte d'Aubervilliers se centra en la estructura social de un bloque de viviendas aislado dentro de la ciudad, por fábricas, vías y depósitos. Es interesante ver cómo determinados factores sociales: principalmente la escuela y organización sanitaria, han modificado el *esprit de quartier*. Valdría la pena hacer estudios semejantes en bloques de la D. G. de Regiones Devastadas, o grupos de viviendas del Instituto Nacional de la Vivienda, comparando la composición social, ideología, etc. de sus habitantes frente y con la de los suburbios circundantes. R. Schaeffer ha situado dentro del gran París en un mapa de puntos al personal de una fábrica para señalar después los problemas y ventajas que implica esa dispersión.

J. LINZ

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE: *Uruguay, el Benjamín de España*.

Biografía del más joven y uno de los más pujantes países hispanicos. Madrid, 1949.

Lo primero que habrá que decir de este libro excelente es que pertenece genuinamente a lo que de algún modo tendremos que llamar el espíritu científico de nuestro tiempo. Precisemos. En nuestro tiempo, de veinte a treinta años acá, manifiestan los estudiosos una vocación, y a veces gran talento, por un cierto tipo de saber esencialista y ontológico. Esta vocación y este talento se descubren fácilmente con reparar en que los vocablos científicos tituladores más frecuentes de lo que comprendemos o nos gusta y tira a comprender, son *biografía* y *estructura*. Todo el atomismo físico, psicológico y sociológico del siglo XVIII y XIX queda atrás y superado ante la captación de lo constitutivo estructural, tan característico de hoy. Más que los trozos o partículas, son sus disposiciones, sus tensiones, sus

estructuras, lo que nos sirve para explicar a la hora de ahora la físico-química; el asociacionismo psicológico, que culminó en los Mill o en los Wundt, ha dejado el paso al *gestaltismo*; el sociólogo se esfuerza por descubrir las figuras de lo social, y sólo reposa su mente cuando, como hizo un Simmel genialmente, sabe dibujar las formas sociales: el pobre, el extranjero, etc. Por otra parte, biografía no hay que entenderla ahora como simple narración del fluir de una vida. Sólo creemos entender una vida cuando la captamos también en una forma, cuando descubrimos la gráfica de su acontecer. Santa Teresa o Alfieri —por citar dos casos extremos— escriben su *Vida*. Hoy escribiríamos su *bio-grafía*. Con este simple cambio de nomenclatura, descubrimos la diferente actitud, como decíamos: nuestra vocación y nuestro talento por lo ontológico, a saber, por descubrir la trama estructural del mundo físico o del mundo espiritual, tanto da.

Esta vocación ha llevado al diplomático español señor La Orden a desplegar su talento —tan de la hora— en estudiar la vida histórica del Uruguay bajo especie de biografía. Biografía del más joven país hispánico. Cumple aquí decir que si lo primero notable era la consonancia del autor con el espíritu del tiempo, lo segundo que llama fuertemente la atención es su talento. En este caso, su talento histórico, su agudeza para aprender realmente la forma de una vida nacional. Esto tendrá que decirse siempre con elogio a la vista del libro que comentamos, a despecho de consonancias o disonancias con la particular ideología política del autor, y aun sus mismos opositores no podrán por menos de reconocerlo así. Es adjetivo, aunque cierto, afirmar que el señor La Orden ha escrito con gracejo y buena pluma, como se ha reconocido incluso por algún discrepante de fondo. Esto, repito, es verdad —y el libro se lee de corrido y sin esfuerzo, piedra de toque que pocos sufren—, pero es adjetivo. Lo principal es que el Uruguay está delineado de mano maestra, *bio-grafiado*, no simplemente contado. No somos suficientemente competentes en historia americana, y menos en historia uruguaya, así es que nuestro juicio es tan sólo el de un lector atento y desapasionado; pero es tan clara, distinta y precisa la «idea» que sugiere el libro del señor La Orden que parece difícil superarla, ni mucho menos desvirtuarla. Porque es interesante subrayar que el señor La Orden dibuja la figura del que él llama *Benjamín de España* con independencia absoluta de la opinión que él mismo tiene, y aun expresa a cada rato, de su *bio-grafiado*. Es



decir, que siempre le es posible al lector, apoyándose en el esquema estructural que le ofrece el señor La Orden, discrepar de éste en sus apreciaciones.

No es que yo discrepe del señor La Orden —no tengo autoridad para ello y sí muchos supuestos comunes con él—, sino que quiero decirle al lector que la biografía del Uruguay se sostiene científicamente por sí misma y obra aparte, independientemente, de la ideología del biografiador. O dicho de otro modo, que la ideología del biografiador no es la que opera como tal ideología en el sentido de supuesto-enmascarador. Esto le ha sido posible al señor La Orden por su educación cristiana, que le lleva a buscar la verdad y a no negarla jamás, y por su sensibilidad artística, de verdadero poeta, que le hace reflejar la realidad auténticamente (capacidad que ya hasta Marx concedió a los poetas y artistas, únicos, según él, que se escapan, un poco misteriosamente, al dictado de ideólogos-enmascaradores con que se caracterizan todos los pensadores «burgueses»).

Nació el Uruguay del connubio, sin duda legítimo, entre una voluntad autonomista y un compromiso internacional. Sufrió el gran sarampión revolucionario del siglo XIX —no extinto aún en otros países suramericanos—, y luego, por obra de una prosperidad económica, en que muchos grandes países estuvieron interesados, y de ese milagro sociológico de tres o cuatro generaciones de gobernantes cívicos (leguleyos y «doctores» o no, que esto no hace al caso), se ha convertido en la nación más estable políticamente del Continente suramericano. La estabilidad de su estructura sólo desde el exterior podía estar amenazada, si se rompiera la paz entre los colosos Brasil y Argentina. Del interior, el peligro estaría en una defectuosa asimilación de los elementos emigrantes, desafines al núcleo primitivo hispánico. El núcleo primitivo español, reforzado por el próximo a su sangre, gustos y temperamento, el italiano, mantendrá siempre la cohesión, si no le perturba el esclavismo y el semitismo, elementos discordantes en la armonía realmente hispánica del país uruguayo. La emigración española puede y debe reforzar la hispanidad del Benjamín. Sobre la hispanidad de raíz, que es la fundamental, se puede en cualquier momento, piensa el señor La Orden, levantar la hispanidad más externa, la que se expresa en las relaciones diplomáticas o en las manifestaciones de la prensa y la opinión.

El equilibrio político, aunque menos profundo que el racial,

se ha sostenido en el Uruguay por una educación política a la francesa, a la moda de la Tercera República francesa, entre dos partidos políticos que precisamente se hacen el juego, se apoyan al discrepar, pero no riñen a muerte, porque tienen un sustrato común: ideología republicana, laicismo, economía liberal triunfadora; no se olvide que el Uruguay es un país rico, pequeño y despoblado.

El señor La Orden, como buen católico, no ve con simpatía lo que pudiéramos llamar el estado de la conciencia uruguaya. Reconoce una y mil veces su buena salud política, su prosperidad económica, a pesar de graves defectos de su acción social, como, por ejemplo, esa aterradora cifra de más de un 60 por 100 de hijos ilegítimos, lo que ciertamente no se puede decir que sea un mal tan sólo desde el punto de vista católico, sino desde cualquier punto de vista sanamente moral. Reconoce la obra acertada de sus políticos laicos en mil aspectos que no hay aquí lugar a detallar. Pero, naturalmente, más que la proporción del laicismo le duele lo que él llama «la disminución, aún más que la escasez numérica, de los católicos uruguayos». Le parecen al señor La Orden los católicos uruguayos disminuidos por su flojedad y desviación de los puntos fundamentales de la acción católica y, a veces, le parecen asimismo tal vez equivocados, como en el caso de su adhesión al maritainismo. Probablemente, esta actitud del señor La Orden, junto con su serena visión realista, implacable, como quien habla con el desasimiento con que debe hablar siempre todo verdadero católico, le atraerá la hostilidad de todo el que esté interesado en que algo se oculte, algo se mixtifique o algo se exagere. Pero, a la verdad, los españoles necesitamos que se nos escriban libros como éste, tan claros, tan objetivos, sobre los países hispanoamericanos. Libros como éste siempre los agradece el lector de buena fe. Y si, además, las gracias del estilo señorean la pluma del escritor, miel sobre hojuelas, como en el caso presente.

MANUEL CARDENAL

CHARLES MORAZÉ, R. B. MAC CALLUM, GABRIEL LE BRAS y PIERRE GEORGE: *Etudes de Sociologie Electorale*. Cahiers de la Fondation Nationale de Sciences Politiques. Librairie Armand Colin.

ANDRÉ SIEGFRIED: *Geographie électorale de l'Ardèche sous la III<sup>e</sup> République*. Idem.

RUDOLF HEBERLE: *From Democracy to Nazism. A regional case study on political parties in Germany*. Louisiana State University Press, 1945, 130 págs., 2,5 \$.

Obras de enfoque muy distinto, aunque la unidad temática nos permita titular esta reseña de conjunto «Tres libros de sociología electoral». Sociología electoral como un aspecto de la sociología política, ya que no, al modo de Goguel, «ciencia autónoma, aunque ligada a la geografía humana y a la sociología política, con métodos de investigación y expresión propios». Aspecto digo porque el fenómeno estudiado no tiene sustantividad propia, desligado del mundo de lo político. Ante el fenómeno electoral —que a partir del XIX será la expresión periódica, mensurable, geográficamente localizada, de la vigencia de las ideas y expresión de los intereses sociales— caben puntos de vista muy distintos: desde el puramente marxista, que sólo consideraría la infraestructura económica y clasista, hasta aquel que sólo tuviera en cuenta las ideologías políticas, o, incluso, el factor religioso (naturalmente, no en sentido marxista, de ideología, sino de valor auténtico), y no faltará tampoco una posible interpretación racista y aun geopolítica (1). El francés seguirá la vieja tradición de la *géographie humaine*. Como en todo estudio sociológico, el acierto estará en una consideración global y funcional de todos los factores sociales, materiales y espirituales, como supuestos del fenómeno electoral, que, a su vez, actuará sobre esa triple estructura.

Morazé, de un modo muy francés, nos previene contra toda «abstracción que suponga una orientación metafísica»; toda actitud preconcebida. Por ello critica la gran obra de Siegfried (2), que

(1) Esta posibilidad queda apuntada si se piensa en estudios como el de GOETZ A. BRIERS, *Limes Germanicus*. Bridge and Frontiers. *Review of Politics*, volumen I, págs. 261 y 444, 1939.

(2) *Tableau politique de la France de l'Ouest sous la III<sup>e</sup> République*. Armand Colin. Paris, 1913.

creó los fundamentos de la sociología electoral —por partir de una simplificación: la oposición derecha e izquierda como fenómeno permanente, prescindiendo de las elecciones de 1848, en que se dió la unanimidad. En consecuencia, propugna analizar el fenómeno en toda su complejidad y recurrir a las medias tintas —y aun a los colóres— para representar cartográficamente las densidades de votación, evitando así que un 95 por 100 y un 51 por 100 de «sí» tenga la misma imagen. Destaca acertadamente la necesidad de distinguir geografía electoral, urbana y rural.

El interés por conocer los supuestos sociales de la vida política motiva la creación en la Fondation Nationale des Sciences Politiques de un Centre d'Etudes Scientifiques de la Politique Intérieure, dirigido por Siegfried, y que se orientasen tesis doctorales en este sentido. El trabajo de Pierre George (3) sobre las condiciones económicas y sociales de la vida política en un municipio pequeño, en la carretera de París-Orleáns y la línea de «Metro» de Sceaux —cuya población activa trabaja en París—, es una muestra de esos trabajos. No es posible resumir los datos, que no interesan al lector, pero sí recoger los epígrafes y gráficos para reflejar así el método seguido. La composición profesional de la población, los principales tipos de *habitat* (casas viejas, modestas, villas, etc.), distribución de la población (de los obreros, empleados, artesanos y comerciantes, directores de empresas y profesionales) por calles y barrios son descritos y representados gráficamente. En una segunda parte del estudio estos datos se contraponen y sirven de armazón al análisis de los resultados electorales de junio de 1946.

Así como el anterior estudio se limita a los factores socio-económico-ecológicos, Gabriel Le Bras (4) destaca la importancia de las actitudes religiosas. Su intento es contraponer la geografía religiosa de Francia con su geografía electoral. Siguiendo los métodos expuesto por él (5), subraya cómo las actitudes religiosas se reflejan en la vida sacramental y el culto, lo que permite clasificar a los fran-

(3) BOURC-LA REINE, *Etude préliminaire des conditions économiques et sociales de la vie politique dans une commune de la Seine*.

(4) *Geographie électorale en Géographie religieuse*.

(5) *La Géographie religieuse en Annales de l'Histoire Sociale*, tomo VII, 1945 (Hommages a Marc Bloch, I); *Secteurs et aspects nouveaux de la Sociologie religieuse en Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. I, págs. 39, 66, 1946.

ceses en cuatro tipos: I. «Conformistas ocasionales», que la familia somete a los ritos del bautismo, primera comunión, matrimonio y sepultura. II. «Practicantes regulares», que realizan los actos periódicos: Misa Dominical y Comunión Pascual. III. «Devotos»: de Comunión frecuente, asistencia a oficios menores, obras piadosas. IV. Los que han roto definitivamente con la Iglesia. El estudio se apoyaría en los Registros Parroquiales, y en los pueblos en los «*liber status animarum*», y la observación. Así, y con la ayuda de la Iglesia, se ha llegado a un mapa que refleja la situación religiosa. Estos datos se cotejan con los trabajos de Goguel sobre las elecciones de 1945 y 1946 (6). Entonces los paralelismos saltan a la vista: el éxito de la derecha y del nuevo centro coincide con las zonas de observancia: al Noroeste, al Norte y al Este y en el macizo central. Dentro de ellas, los cantones, que votan a favor de la izquierda, son, en general, los de simple conformismo. Una cincuentena de departamentos de la zona central y meridional da la mayoría a los marxistas radicales: departamentos de simple conformismo. Sin embargo, las disonancias también son evidentes: las zonas políticas de carácter tradicional son mucho más amplias que las religiosas —lo que, frente a Donoso, probaría que no siempre la subversión religiosa precede a la subversión política—, dándose la moderación política en las zonas más descristianizadas de Francia. Por otra parte se da el hecho sorprendente de que departamentos y cantones conformistas, y aun activamente conformistas, son políticamente de los más extremistas (en 1946 un 40 por 100 comunista). La explicación habrá de buscarse en la configuración social, los intereses económicos y las tradiciones del grupo.

La tendencia general, sin embargo, es que los observantes voten a aquel que tienda a conservar y acrecer el culto y las instituciones religiosas, y a ellos se unirán los conformistas activos, sobre todo en tiempo de lucha. Es natural que el marxismo, como fe nueva con sus dogmas, su liturgia y su disciplina, como religión sin más allá, progrese donde la verdadera fe esté debilitada. Muchas veces la actitud política lleva consigo la profesión religiosa

---

(6) FRANÇOIS GOGUEL, *Géographie des élections du 21 oct. 1945* (Esprit, diciembre 1945); *Géog. du referendum du 5 mai et des élections du 21 oct. 1945* (Idem, julio 1946); *Géog. du referendum du 13 oct. et des élections du 10 nov. 1946* (Idem, 1947).

externa: el royalismo en Bretaña y en las bocas del Ródano; inversamente, el republicanismo, una actitud antirreligiosa.

Concluye con un plan de trabajo para estudiar la estructura religiosa: densidad de iglesias, colegios religiosos, conventos, grupos librepensadores y sindicatos marxistas; el sustratum histórico: divisiones administrativas y eclesiásticas, recuerdos de la reforma y la revolución; cuya representación gráfica nos daría una visión de conjunto de inconmensurable valor.

Mac Callum, en *L'élection générale britannique de 1945*, estudia la campaña electoral que la precedió y las causas que dieron la victoria a los laboristas. Más que un estudio sociológico es una crónica política.

André Siegfried, en su obra, con una agudeza de observador inteligente, nos presenta un departamento francés en todas sus facetas. Pocas veces una monografía sobre un medio social y político tan alejado de nosotros podrá ser tan sugestiva. Las primeras páginas nos sitúan geográficamente el departamento: Orientado hacia el Midi y el Este, en el reborde del macizo central, en contacto con el Haute Loire y Lyon, bordeado por el Ródano. A caballo entre la Europa Central —influencias ginebrinas en su protestantismo—, el Centro de Francia y el Midi provenzal y languedociano. Los planos que acompañan el capítulo nos dan la estructura geológica, el clima, las fronteras internas, los límites del olivo y de la encina, y, sobre todo, los límites de las tres zonas de altitud: 300, 800 y 1.000 metros, que no carecen, como luego se verá, de importancia para la sociología política. En la economía, predominantemente agraria, distingue: 1) La zona baja (a 300 metros) del valle del Ródano y sus afluentes, con cultivos mediterráneos: viñedo y huertas, en que no falta la morera —cuyos habitantes presentan las características de una economía de cambio: el ser productores, expedidores y distribuidores de sus productos, ricos y demagogos (7)—. 2) «La pendiente» (entre los 300 y 800 a 1.000 metros), en que predomina el castaño, y existe toda una «pequeña civilización» habitada por el «rayol» policultor, cuya propiedad no puede alimentar a más de una generación y cuyos hijos bajarán así a vivir a la ciudad. 3) «La montaña», que comienza con los pinares, es una zona ganadera, bovina y ovina; democracia de pequeños

---

(7) Este tipo, parecido al *farmer* californiano, correspondería al tipo aristo-lógico de mentalidad rural en terminología de ZIMMERMAN.

propietarios, que explotan ellos mismos sus tierras, con la vinculación a la tierra, que hace tan distinto al campesino europeo del empresario agrícola americano.

El tanto por ciento de propietarios cultivadores sobrepasa en casi toda la Ardèche el 50 por 100, y en muchas el 75 por 100, y el número de asalariados apenas llega al 5 por 100. La industria no se ha desarrollado más que en pequeña escala y como artesariado (productos de lujo o semilujo), y con una dispersión geográfica que hace que los trabajadores no hayan perdido totalmente su vinculación a la tierra. Sólo en empresas algo concentradas se desarrolla un espíritu de clase. El factor población, cuya importancia nunca debemos olvidar, es detenidamente estudiado: en su aspecto numérico (disminución en un tercio desde 1861 a 1931), densidad (mayor en el Norte que en el Este), su dispersión (que determinan psicologías políticas diferentes), su dinámica (emigración de la zona alta a la ciudad, con lo que los protestantes en las zonas medias son sustituidos por una inmigración católica).

Una vez señalado este substratum geográfico, económico y humano, pasa Siegfried al plano de los factores que considera como causas determinantes, principalmente cuatro —que, aunque se encuentren por doquier, aquí actúan de una manera particular—: las circunstancias históricas de la formación territorial, administrativa y política; la estructura social, la religión, y las influencias externas y la resistencia que a ellas ofrece el medio local. El estudio de la estructura social le permite señalar cómo el mecanismo electoral es más complejo de lo que se cree. Las clases y los intereses son un factor decisivo, pero no el único factor, y que actúa siempre transpuesto e idealizado. Al no existir ni latifundistas ni apenas propiedad burguesa de la tierra, ni asalariados sin esperanzas de ser propietarios, el elemento dominante es el campesino. Socialmente demócrata —ni reaccionario ni conservador—, ya que no es suficientemente rico para serlo, tiende más bien a la izquierda, incluso al comunismo, porque «cree saber» que ninguna revolución o socialización le podrá privar de la tierra que cultiva con su sudor. Sólo teme la vuelta al «Ancien régime». Los movimientos avanzados no surgen del proletariado, sino de los hijos de campesinos que han entrado en la pequeña burocracia, apasionados por la «República» y hostiles a los antiguos poderes sociales; sociedad campesino-burocrática, en que toda política que propugne al «peuple» frente a la burguesía rica tendrá éxito. No falta tampoco en esta

mística democrático-campesina un resentimiento frente a la ciudad. Pero hay un factor que modifica decisivamente los supuestos sociales: la religión. Acaso uno de los mayores aciertos de esta monografía sea resaltarlo. En nuestro tiempo, bajo el peso del marxismo-confesado o inconsciente, se le olvida demasiado a menudo. Existe en el Ardèche una minoría protestante (12 por 100) que de las guerras de religión ha conservado su «profetismo» —una resistencia individualista al poder—, dándole un matiz de liberalismo político y de ideología humanista, sucedáneo de un idealismo religioso. Todos los demás son católicos, aunque para especificar más habría que tener en cuenta la asiduidad, tal como nos la reflejan los mapas, de asistencia al culto y de las niñas asistentes a escuelas libres (católicas). Dominan los practicantes en la montaña, la vertiente atlántica o lionesa, las zonas de población dispersa y aquellas donde existen protestantes. Católicos y protestantes están unos frente a otros, como dos pueblos, dos tradiciones, dos estructuras morales. El protestante se inclina a la izquierda, a la revolución; el católico, a la resistencia frente a ésta, a la derecha. Se da la paradoja de que los protestantes ricos, que por sus intereses habían de ser conservadores, se colocan a la izquierda, y los católicos más pobres a la derecha. Hay una cierta tácita confusión entre la protesta social y la protesta moral, unida a la idea del advenimiento del «reino de Dios». La actitud política protestante pasa de concordataria con el Estado a otra más enérgica frente a él, proceso paralelo al paso del radicalismo al socialismo. La de los católicos es bien diferente, pero también está alimentada por una pasión religiosa: combatir el espíritu de 1789: el radical franco-masón, lo que le permite unirse en la política del «pire» con los socialistas frente a los radicales, renunciando a una unión con éstos en una defensa de clase. El socialismo, al plantear la cuestión en un terreno en que no jugaba la tradición política, como izquierda social más que política, pudo conquistar algunos católicos. Así, el factor religioso determina la vida política bajo la tercera República, con la consecuencia de una política idealista más que realista.

Todas estas consideraciones, fruto de la inducción, por un lado, e hipótesis de trabajo, por otro, que constituyen la primera parte, se verán confirmadas por los números índices de lo que podríamos llamar segunda parte de la obra.

El análisis pasa rápidamente por las jornadas electorales de la monarquía de julio, el II Imperio, la República del 71, para de-



tenerse en la lucha por su establecimiento. Las elecciones de 1871, 1877, 1881, 1885, 1886, 1888 (en la que se presenta Boulanger, que sólo tiene éxito en la montaña, con un 28 por 100 por la abstención de los moderados); 1889, en que la derecha cambia de táctica, pasando de la lucha antirrepublicana y antirrevolucionaria al plano de la lucha en torno a la política religiosa; 1889 señala el final de un periodo: la República se ha salvado; la derecha se desinfla, las abstenciones aumentan, pero no los efectivos republicanos. Bajo la República moderada de 1893 a 1902, la política «de unión» invita a las fuerzas de la derecha a una colaboración de apoyo a la República, en una línea de conservación en lo social y apaciguamiento en lo religioso. Estas tienen dos posibilidades: la de unirse a los moderados, apoyando la República, o votar por los radicales, debilitando el régimen con la política del «pire», que las hace árbitras de la situación. Epoca de capital importancia, que hace «imposible la constitución de un gran partido de gobierno basado en el centro republicano-conservador, que siendo liberal no fuera ni reaccionario ni revolucionario». Desde el momento en que la República no pudo apoyarse en los elementos moderados de la derecha, estaba abocada a los extremos. Puede que haya muerto de ese vicio de origen. Nos preguntamos: «¿No sería aplicable un juicio semejante a la República española?» Entre 1902 y 1906 se vuelve a las elecciones de lucha, y el centro de gravedad de la izquierda pasa a los radicales. Vísperas de la guerra mundial (1910-1914), la izquierda cuenta con un 40 por 100, y la derecha con un 30 ó 37 por 100, aunque realmente sea más fuerte, ya que, para molestar a la mayoría, en parte se une a uno de los candidatos de la izquierda. «La República no ha sabido absorber a los revolucionarios y formar conservadores. Así, para la derecha es un régimen reprobable, al cual prefieren cualquier reacción, y los republicanos acaban considerando a cualquier sano conservatismo como expresión de un reaccionarismo condenable». En 1919-1940, el abismo entre derecha e izquierda, católicos y protestantes, sigue abierto. Aparece una lista socialista como un radicalismo republicano más acentuado. En 1924, una lista de «cartel», una especie de concentración republicana totalmente protestante. En 1928, la izquierda moderada apoya la política de unión de Poincaré. Los electores de izquierda, enemigos de una República de gobierno, votan por el extremismo, fieles a su tradición, aunque jamás pensarán en que se cumpliera el programa que votaron. En 1932, la dere-

«¿ha duda. ¿Votará por los republicanos moderados, en una política de consolidación del régimen y de defensa social, o seguirá con su política del «pire»? Donde no puede ganar opta por lo último, y en 1936, en las elecciones del frente popular, sigue la misma táctica.

Todo el período (1876-1936) muestra una persistencia y aun una cierta periodicidad en las oscilaciones políticas. La izquierda, en su máximo, llega a un 40-47 por 100, y en el «estiaje», a un 37 por 100, y la derecha, a un 38 a 40 y 30 a 32 por 100, respectivamente. En las elecciones de lucha, la derecha aumenta sus votos, y las abstenciones disminuyen. El estudio monográfico de este período en la Ardèche le permite al autor dar sentido e interpretación personal a toda la azarosa historia de la III República.

En el capítulo VI se totalizan los resultados por cantones: de derecha, de izquierda e inestables; se cotejan los índices religiosos y políticos en cada una de las circunscripciones; se trazan y contraponen los límites políticos y geográficos. Es totalmente imposible recoger en esta reseña la infinidad de matices que da la sociología electoral por medio de los planos, gráficos y curvas que valoran estas páginas. La estructura social de los representantes elegidos por la Ardèche, y su actitud en las grandes decisiones políticas del régimen (voto de los 363, política del «Esprit Nouveau», Ley de autorizaciones y de congregaciones, caída de Tardieu, votos de confianza a Herriot y Daladier y Doumergue), son materia de un último capítulo de numerosos gráficos.

Sólo hemos pretendido resumir aquellos aspectos que puedan dar a conocer al lector el método seguido por el autor, que, por otra parte, está guiado por ciertas hipótesis, que exagerando las cosas algunos llamarían prejuicios, para describir la vida política de una región y, como de pasada, formular muchos de los principios que rigen la dinámica de los partidos políticos.

Rudolf Herbele: Conocido entre nosotros por su artículo *Soziographie*, en el *H. W. B. der Soziologie*, fué profesor en Kiel, y ahora en la Louisiana State University, donde ha publicado esta serie de estudios, realizados entre 1932 y 1934 en Alemania. Su *Regional Case Study* es un conjunto de magníficos estudios de sociología de los partidos políticos y de su ecología. El interés del autor no se centra en los orígenes intelectuales de la ideología nazi, sino en los grupos más o menos organizados en aquellas ideas políticas que adquirieron vida.

Después de esbozar la estructura social a que respondieran los grandes grupos políticos al despertar de la guerra mundial, expone en breves trazos la historia social de los partidos de postguerra (8). Es éste el momento de auge de la socialdemocracia, la escisión de la U. S. P. D. y aparición de la K. P. D. Epoca en que los pequeños comerciantes, los intelectuales y los dedicados a las profesiones liberales se unen a la D. D. P., y los exportadores, industriales, navieros y banqueros a la D. V. P. de Stresemann y a la extrema derecha y de la D. N. V. P., de carácter contrarrevolucionario, apoyada por los grandes propietarios y la alta finanza.

Este sistema de pluralidad de partidos tuvo que enfrentarse con la responsabilidad de ratificar la paz, la crisis económica y la inflación de 1923, y al cabo de unos años de reconstrucción, la gran depresión agrícola de 1928 y la general de 1929. Paralelamente tienen su auge las grandes concentraciones capitalistas. La vieja clase media y de los comerciantes independientes quedó privada de sus reservas y de su influencia económica. La nueva «clase media», los trabajadores de «corbata», estaba dividida en sus actitudes políticas: gran parte pertenecía a la S. P. D., y por algún tiempo un grupo de empleados formaron el ala izquierda de la D. N. V. P. En este proceso social, los partidos liberales se disgregan en otros menores, y aún más en grupos de intereses económicos, que se constituyen en grupos de presión. Los conservadores, después de alcanzar considerable poder, caen en 1928, con Hugenberg, bajo el control de los grandes industriales, lo cual provocó la separación de campesinos, empleados y profesionales.

---

(8) Para mayor brevedad en la cita de los complicados nombres de los partidos políticos alemanes usaremos las siguientes abreviaturas:

N. S. D. A. P.—Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei (Partido Nacional Socialista de Trabajadores Alemanes), o N. S. Nacional-Socialismo.

D. N. V. P.—Deutschnationale Volkspartei (Partido Nacional del Pueblo de Alemania), o «conservadores».

D. V. P.—Deutsche Volkspartei (Partido Alemán del Pueblo), o ala derecha de los liberales.

D. D. P.—Deutsche Demokratische Partei (Partido Demócrata Alemán), o demócratas; cambió después su nombre por el de Staatspartei.

S. P. D.—Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata alemán).

U. S. P. D.—Unabhaengige Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania).

K. P. D.—Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista Alemán).

También la estructura interna de los partidos de clase media cambió profundamente: se burocratiza a semejanza de la S. P. D. Esto, unido a la amplitud de los distritos electorales, impide el contacto con los electores, lo que hace adquirir mayor importancia a los grupos de presión. La juventud tiene pocas posibilidades de subir en esa «máquina política» (9). Así se explica el éxito del nazismo con su nuevo estilo, su idea antiburocrática del mando y la exigencia de la participación activa de todos sus miembros. A ello se une su ideología, confluencia de numerosos movimientos «raciales» surgidos de secesiones del campo conservador.

Movimientos vinculados todos al viejo movimiento pangermanista (10), cuya «lista de enemigos» heredaría el nazismo... Ni su actitud revolucionaria asustaba a los financieros, ni aparecía como reaccionario frente a las masas, por lo que las atraería más que los otros partidos nacionalistas radicales. Además, abría la carrera política sin discriminaciones. Incluso sus organizaciones, la S. A. y la S. S., atraían a las masas de jóvenes parados y aquellos que después de la guerra no habían podido adaptarse a la vida civil. Estos hombres, que habían plasmado su mundo de fantasías políticas en multitud de sectas, acabarán por caer en la menos irrealista de todas ellas. El nazismo encontró su primer apoyo en todos aquellos que habían fracasado en los negocios o en su profesión, o habían perdido o temían perder su «status» social. La situación hacía pensar más en la seguridad que en la libertad económica. Eran, en sentido económico, «gentes sin clase», hijos de hombres de negocios y altos funcionarios, oficiales en la guerra, llenos de resentimiento contra los políticos demócratas que habían firmado Versalles, y los marxistas, a los que acusaban de haber roto el «frente interior». Hombres sin experiencia política, cuya idea del

---

(9) El tema de la juventud en la sociedad moderna ha sido destacado por MANNHEIM (*Diagnóstico de nuestro tiempo*), que cita a LUEPKENS, y el artículo de GERTH sobre el predominio de los miembros juveniles en la N. S. D. A. P. En 1932, el 42,2 por 100 de los miembros de la N. S. D. A. P. y un 19,3 por 100 de la S. P. D. estaba entre los hombres de dieciocho a treinta años, cuando éstos constituían un 31,1 por 100 de la población total.

(10) Vid. H. ARENDT, *Parteien und Bewegungen* (Die Wandlung, junio 1949), uno de los trabajos más interesantes sobre sociología de los partidos, publicado últimamente, en que se destaca la importancia de los «pan movimientos» como precursores de los movimientos totalitarios e instrumentos de destrucción de la idea del partido político.

Estado y de la sociedad era concebida desde la guerra como conflicto y lucha, y no como debate, compromiso e integración. Así está en la línea del sindicalismo contrarrevolucionario de la acción directa frente al juego parlamentario. Otro factor esencial fué la autorización a la Reichswehr de organizar fuerzas auxiliares de ex combatientes y voluntarios frente a las revueltas comunistas y golpes de Estado. Muchos de sus jefes formarían los cuadros de la S. S. y de S. A. y ayudarían a formar la «Schwarze» Reichswehr.

Un aspecto interesante que destaca Heberle es que el movimiento hitleriano no es una continuación de la tradición prusiana, y que su unión con los conservadores y el ejército fué un *mariage de convenienc*e. Así, su éxito inicial fué en Franconia y Turingia y no en el corazón de Prusia; incluso, dice, el sentimiento antiprusiano fué uno de los factores de su éxito, concretamente en los Ducados. Sus ideales eran bien distintos de los de la vieja clase rectora prusiana, que pensaba en un Estado fundado en principios cristianos, un gobierno vinculado al Derecho y los políticos al servicio de él como deber moral.

Su origen fué más bien urbano, pero a la vuelta de Hitler a la vida pública se tornó más rural, de tal modo que en las elecciones de 1932 muchas secciones rurales votaron casi unánimemente por los nazis. Concretamente, la Schleswig-Holstein obtuvieron un 51 por 100 de los votos, y justamente por la población rural (11).

El conocimiento personal de esta región y los estudios realizados antes de su salida de Alemania le permiten al autor destacar la individualidad en las distintas zonas socio-económicas, que considera como tipos de sociedad alemana en general, y su evolución política.

El capítulo segundo nos da en breves trazos la historia electoral de los Ducados desde su incorporación a Prusia en 1876 hasta la Guerra Mundial. Que va desde la oposición, que cede al advenir una época de prosperidad económica (elecciones de 1878), hasta la victoria progresista de la S. D. P., que llega a obtener un 44 por 100 de los votos (más que en la Sajonia industrializada gracias a las

---

(11) Generalmente se olvida el enorme peso electoral de los distritos rurales, la influencia de los grupos de presión agraria y la fuerza de la ideología agraria. Vid. para U. S. A., DAYTON DAVID MCKEAN, *Party and Pressure Politics*. Houghton Mifflin Co., 1949, cap. 19. (Influencia en las elecciones presidenciales, en los partidos políticos, ventajas constitucionales, «farm bloc» en el Senado, grupos de presión.)

zonas rurales próximas a las ciudades y a la transformación de las relaciones de trabajo en los grandes latifundios al convertirse éstos en empresas comerciales). Epoca de los partidos liberales representativos de la clase media —que comienzan a burocratizarse— y cuya ideología es una mezcla de sentimientos antiplutocráticos y anticapitalistas con actitudes antiimperialistas (por ejemplo, contra el rearme) y aun favorables a una «Sozial-politik» progresiva aunque sean antisocialistas. Su política era de doble frente: unión con la S. P. D. en los distritos de latifundios y de colaboración con los «National-liberale» y conservadores en los de explotaciones pequeñas y medias. La opinión política de este periodo era más representativa de la N. O. de Alemania que del Este. Concluye esta etapa, como en otras zonas recientemente adquiridas por Prusia, con un dominio del ala izquierda del liberalismo.

Como Siegfried, Heberle comienza con un estudio ecológico de las tres zonas en que se divide la península: el Marsch, costero, en el Oeste; el Geest, arenoso, en el centro, y la zona de colinas bálticas, al Este, que responden a tres zonas típicas de la economía agraria alemana. Otro límite Norte-Sur cuya importancia político-social, hasta en nuestros días, destacó Briefs, es el «Limes Germanicus», entre la antigua zona germánica y las coloniales que en su día fueron eslavas. El Marsch son tierras fértiles en que campesinos ricos, de espíritu independiente, que no conocieron la servidumbre, se han especializado principalmente en la producción y cría de ganado vacuno para mercados alejados, especialmente el inglés. Así se ha desarrollado un campesinado con espíritu comercial, lo que se ha llamado tipo «aristofánico», que no desdeña dedicarse a empresas comerciales y también al Derecho. Incluso los menos prósperos viven como señores. Todos han enlazado por matrimonio con los grupos profesionales, el clero y la burocracia. En las granjas mayores trabajan pequeños campesinos, colonos y trabajadores sin tierra que viven en núcleos aislados. Es una sociedad altamente estratificada que podemos calificar incluso de aristocracia campesina.

La zona de colinas del Este, colonizada en los siglos XI y XII en lucha contra los eslavos, fué tierra de señoríos, cuyos titulares fueron cediendo sus funciones militares y administrativas a la Corona para convertirse en una clase de agricultores en gran escala, sin llegar, como en otras zonas del Este, al desplazamiento total de los campesinos o su reducción a labradores sin tierra. Así subsistió

una clase campesina estable y pueblos propietarios dispersos entre los grandes señoríos.

El Geest, hasta la era de los fertilizantes fué pobre, por lo que la nobleza no se interesó por aquellas tierras, lo que permitió a los labradores ser propietarios independientes. La ausencia de grandes señoríos y aun de predios ricos hace que haya una menor estratificación social. Es una región de pueblos labradores, sin que exista el contraste entre el Gut (finca señorial) y la aldea, símbolo de la estructura clasista del Este, ni el aislamiento de los labradores ricos en sus casas solariegas dispersas como en el Marsch. El labrador del Geest no tiene espíritu de empresa capitalista; su economía de pequeñas explotaciones, producción de ganado, lechería y animales de corral hace posible que él y su familia y algunas personas de la misma clase realicen el trabajo. No hay, pues, distinciones de clase y sí un gran espíritu de vecindad y comunidad. Fué aquí donde los nazis llegaron a obtener el 80 por 100 de los votos, mientras que hacia el Este y Oeste aumentan los votos de la D. N. V. P. y de la S. D. P. y K. P. D.

El «ambiente político» no es creado sólo por la propaganda ni por las opiniones individuales, sino más bien por grupos o movimientos de carácter muy vario y más o menos organizados. Una de las notas características de esta época es la estrecha relación de los grupos representativos de intereses particulares con los partidos políticos, que a su vez luchan por conseguir justamente el apoyo de esas organizaciones. La situación política está constituida por varias capas, algunas pasajeras, otras constantes y algunas extraordinariamente permanentes. Entre las primeras está la acción de algún líder o algún incidente político. La adscripción tradicional a un partido tiene una mayor consistencia. Además hay actitudes que sobreviven a cambios totales de la constelación política, nacidas de las condiciones socio-económicas o de motivos históricos y que tienen una permanencia incomparablemente mayor. Aquí concretamente está por un lado el antiprusianismo surgido de la política seguida desde la anexión y, por otro, la estructura social-agraria.

En las elecciones constituyentes de la postguerra, liberales y socialdemócratas obtuvieron la mayoría, apoyados por los adversarios del antiguo régimen y de la política de limitaciones a la economía privada impuesta por la guerra frente a los intereses de los ganaderos y productores de industrias lácteas; pero cuando las nuevas fuerzas para asegurar un suministro económico a la pobla-

ción urbana siguieron la misma política, se volvieron contra la nueva «Prusia social-demócrata». La oposición labradora se manifiesta en el movimiento de los Bauernvereine (en inglés Farmers-Union = Asociación de granjeros). Surgió éste en 1918 como órgano de la defensa de los ganaderos del Geest y se extendió por todo el Dithmarschen y el norte de Frisia. El conflicto se planteó al pretender ser la organización de todos los labradores, desplazando a la vieja organización conservadora —el Landbund (Agrarian League=Liga agraria)— dirigida siempre por los propietarios de los grandes señoríos. El Bauernverein, por razones tácticas, estuvo en contacto con los liberales, primero la D. D. P. y después la D. V. P. y los Bauernvereine católicos de Westfalia y el Ermland. Para su representación en la Asamblea Nacional y prusiana crearon los Bauernvereine la «Schleswig-Holsteinische Bauern und Landarbeiterpartei», llamada después «Schleswig-Holsteinische Landespartei», completando así la organización de intereses con una organización política con un programa total que pudiera tener más amplia resonancia entre maestros, pastores protestantes y dependientes. Su éxito quedó limitado a aquellos distritos en que el «Bauernverein» había arraigado y sólo en 1939 lograron un puesto en el Reichstag.

La Landpartei es un fenómeno histórico y políticamente interesante como uno de los orígenes del nazismo, no en su aspecto ideológico, sino como expresión de las ideas sustentadas por masas campesinas anónimas. No se trata de un fenómeno aislado, sino similar a los movimientos autonomistas en las zonas anexionadas por Prusia en 1866 como el «Hessische Volksbund» y los «Welfen» en Hannover, y los separatistas bávaros. Su posición de *laissez faire*, así como sus conexiones parlamentarias parecen darle un matiz liberal, cuando su ideología responde más bien a una concepción del Estado medio romántica medio conservadora. La exigencia de una segunda cámara corporativa, su antisemitismo y su concepción del sistema político y económico le separan del liberalismo, aunque se proclame liberal siguiendo la vieja tradición de los Duques. Afirma su democratismo frente al de la «Frankfurter Zeitung», motejado de áureo, como democracia verde, con lo que se trata de simbolizar una sociedad nacional radicada en lo agrario, frente a otra internacionalizada, comercial y cosmopolita. La protección del artesanado y del comerciante frente al capitalismo y al socialismo por un control de la libre iniciativa y competencia, ya que no su supresión, y el primado de lo político son puntos fundamentales



de su programa. Tiene mucho de «Mittelstandspolitik», política de clase media, de signo reaccionario. Al considerar a los labradores como el primer «testamento» de la economía nacional, con un espíritu propio, que rechaza la concepción liberal del labrador progresivo —que pasa por alto de las diferencias entre la función del empresario agrícola y el industrial o comercial— formula un ideal evidentemente antiliberal que recogerá el nazismo. Su federalismo antiprusiano no tiene raíces liberales, ya que éstas conducirían a un estado uniforme, burocrático y centralizado. Hay en su espíritu mucho de oposición entre «Gemeinschaft» y «Gesellschaft». Es la oposición a la unificación y burocratización prusiana, que en el XIX destruyó el recuerdo medieval de su autonomía administrativa o jurisdiccional, símbolo de la descomposición de todo orden y crecimiento orgánico. Sin embargo, hay algo que la distingue del nazismo: su actitud «quietista», que se manifiesta en su táctica política. Actitud debida a influencia de círculos y sectas pietistas que buscan la salvación en la vida íntima y una conciencia de los valores éticos del pueblo. Aquí hemos de hacer notar que en todo este estudio falta toda referencia a la estructura religiosa subyacente y coexistente con la social y la política, lo que es aún más de lamentar si pensamos que muchos de los movimientos racistas y luego el nazismo tenían algo de nueva religión o de religión secularizada. De ahí su antiimperialismo, que le lleva a concebir una Europa federalista ordenada por grandes troncos raciales. El Estado descentralizado es visto como garantía para el poder político de la clase media, ya que con la centralización siempre dominaría el gran capitalismo.

Otro movimiento que alejó a los labradores del liberalismo es la «Jungbauernbewegung» (Movimiento de la juventud campesina). Organización juvenil del Bauernbund, que se proponía crear una *élite* de labradores eficientes, económica y políticamente formados —síntesis del espíritu comunitario campesino y el tipo racional comercial—. A pesar de sus conexiones posteriores con el nacionalsocialismo, se separaba de él al dar primacía a lo religioso y espiritual y al espíritu cooperativo frente al de subordinación a un Führer. En este aspecto se acercaba al «Jungdeutsche Orden». Ambos, así como otros Bünde de carácter étnico y semimilitar, diferían del nacionalsocialismo en la falta de decisión para la conquista del poder. Muchos de estos movimientos estaban enlazados con

el Tannenbergbund fundado por Ludendorff (12). El aspecto nacionalista se refleja en el Schleswig-Holsteiner Bund, cuya orientación cultural y postura ante el problema de las minorías es semejante a la que había de tener el nacionalsocialismo antes de 1938. Estos movimientos racistas encontraban apoyo en los llamados «Mittel» y «Kleinbauern» (labradores medios y pequeños) y el «Kleinbürgertum» (pequeña burguesía) de las pequeñas ciudades, mientras que los grandes propietarios terratenientes y la burguesía seguían fieles a los conservadores.

Los conservadores, aunque despreciaran a los nazis, en ciertos aspectos de su política sentían simpatía por los movimientos étnicos como instrumentos de su propia política. Se organizaban sus fuerzas en tres grupos: D. N. V. P., el Landbund y el Stahlhelm (13). En 1924 la D. N. V. P. estaba en vías de llegar a ser un partido conservador popular capaz de ganar a los labradores liberales y progresivos (14). Pero en 1928, al tomar Hugenberg, y con él los grandes industriales, el control del partido, esta evolución queda cortada. Los terratenientes del Este, al ver en el Bauernverein —representante de los ganaderos— un peligro para la política aduanera de los cerealistas y productores de patatas, se enfrentan con el Bauernverein a través del Landbund y la D. N. V. P.; pero por la debilidad de su propia organización —el Landbund— los conservadores aspiran al control del Bauernverein. En 1924 se llegó a un acuerdo de ambos, que no duró.

Al no llegar sus jefes a un acuerdo, los representantes de la oposición en ambas organizaciones, en una serie de mítines públicos (1927), exigen la fusión de las tres grandes organizaciones agrarias y formulan un programa de reivindicaciones en materia de aduanas, créditos, impuestos, y hacen un llamamiento a los partidos políticos para que en las próximas elecciones dieran una representación propia a la agricultura. Estos mítines representan una

---

(12) Especie de confederación de asociaciones étnicas radicales, en que se encontraban sectarios, políticos y personas religiosas separadas de la Iglesia y convencidas por los escritos de Frau Mathilde, esposa de Ludendorff.

(13) Casco de acero.

(14) Empezó siendo una unión de ex combatientes, en la que se manifestaron dos tendencias: una, juvenil, que quería perpetuar la camaradería de clases de la guerra, y la de la generación anterior con las ideas de la era guillermina; esto llevó a la escisión del Werwolf. Terminó siendo un instrumento de las clases altas.

actitud política que hasta entonces sólo habían tenido las organizaciones obreras. Surgió entonces el Bauernbund (15), unión de elementos de los Bauernvereine y del Landbund, que acabó fusionándose con él en el Schleswig-Holsteinischer Land-und Bauernbund controlado por los terratenientes y sus partidarios entre los labradores ricos. Fracasó éste en su intento de absorber el Bauernverein, que, no obstante, quedó debilitado.

En 1928, al negarse los labradores a pagar los impuestos a consecuencia de las ejecuciones hipotecarias, provocadas por la crisis, surgió, sobre todo en el Marsch, el Landvolk (16), cuyos principios eran: repudiación del régimen y de toda participación en el gobierno parlamentario, acción directa y concretamente negativa al pago de los impuestos, evitar la subasta de aperos agrícolas y *boicot* a todos los que no le siguieran. Su espíritu era opuesto a toda organización formal y en su seno surgiría un grupo terrorista.

El Landvolk era, sin duda, un competidor para el nacionalsocialismo, aunque sus probabilidades estaban limitadas al no recurrir a una organización como la que estaban creando los nazis. Sus miembros, al desintegrarse éste, vendrían a engrosar las filas del nacionalsocialismo.

La infiltración del nazismo en las organizaciones profesionales, concretamente el Bauernbund, es uno de los hechos políticos más interesantes y en el que no podemos detenernos. La crisis de 1931 y la consiguiente baja de los precios agrícolas provocó muchas subastas forzosas. Para evitarlas, incluso por la fuerza, surgieron las «Schicksalsgemeinschaften» (lit. Comunidades de destino) y una Cooperativa de defensa de la propiedad agraria, «G. m. b. H.», para negociar acuerdos entre los labradores y sus acreedores. Así, la quiebra económica hace surgir dos tipos de comunidad bajo signo nazi, una de acción y otra económica, que rompían con la tradición individualista del campesinado.

Los marxistas, ligados al proletariado urbano, es decir, a los consumidores, no podían ofrecer un programa sugestivo para los productores agrarios. Su lema de lucha de clases no era eficaz en un medio socialmente estable, y sólo donde existía la propiedad señorial sus comités podían actuar.

---

(15) En inglés, Peasants' League: Liga campesina.

(16) Landvolk: Pueblo del campo.

En este proceso, en que hemos insistido por su interés histórico y sociológico, se había destruído el viejo tipo de representación de los intereses agrícolas y había fracasado la acción directa sin organización. Así se abre camino al éxito del nacionalsocialismo. Este no propugna un partido agrario ni una política de grupos de presión, porque los campesinos veían que en una sociedad industrializada un partido agrario no podría tener nunca una influencia decisiva frente al bloque de los trabajadores industriales y el de los empresarios industriales y comerciales. Se enfrenta con los marxistas protectores de los consumidores (la masa del proletariado urbano) y la D. N. V. P. y su grupo industrial. Contra el capitalismo financiero en consecuencia: oposición a las tarifas de 1925, que no protegían a los ganaderos frente a la importación. Ante la depresión creciente, su actitud es pesimista y sin compromiso, frente al optimismo de los demás partidos. La tradicional antipatía de los labradores al conservadurismo prusiano se torna en sentimiento anticapitalista de la «nueva clase media». Todo ello unido al anti-parlamentarismo.

Toda esta sociología política está montada sobre el estudio minucioso de los datos electorales. La multitud de partidos y la representación proporcional hacen que las líneas no sean tan acusadas como las del estudio de Siegfried, pero permiten una mayor matización en su comparación con los distintos grupos y tipos sociales. Al compararse las curvas de votos emitidos en Schleswig-Holstein y en el Reich a favor de los distintos partidos, se ve el carácter representativo de estos datos. La misma constancia en los votos a favor de los marxistas: S. P. D., U. S. P. D., K. P. D.; el mismo incremento y disminución cíclica en los conservadores; idéntica baja de los partidos de centro: D. V. P., D. D. P., Landespartei, Zentrum. El D. N. V. P. reclutaba la mayor parte de sus votos en los distritos rurales. El D. V. P., en la ciudad, aunque llegaban a ser aproximadamente iguales el número de sus votantes urbanos y rurales, a diferencia del D. D. P., que fué haciéndose cada vez más urbano. Es interesante resaltar que cuanto menores eran los pueblos, mayor era el número de votos de la N. S. D. A. P., lo que se explica por la mayor presión social y el carácter rural más acusado. Las series por distritos electorales, estudiados ecológicamente, de los votos obtenidos por los grandes partidos, constituyen uno de los méritos del libro. La estabilidad política se da en el Este y en el Oeste frente al Geest, en que se

pasa de un 65 por 100 liberal en 1919 y un 50 por 100 conservador en 1924 a un 80 por 100 nazi en 1932. La posición política de los campesinos no está definida por las ideologías, sino por las expectativas de los resultados del gobierno de uno u otro partido. Cuanto más comercializada y especializada sea una economía agraria, tanto más dependerá de la política seguida frente a las oscilaciones de los mercados y de los ciclos económicos. Los distintos tipos de mentalidad campesina —reflejo de una situación social y económica— en cada una de las zonas: Marsch, Geest y las colinas del Este, son descritos agudamente en relación con los datos electorales. Así encontramos una correlación positiva entre los votos a favor de la D. N. V. P. y las S. P. D. y K. P. D. y el número de trabajadores agrícolas en fincas señoriales y latifundios, así como entre votos a favor de los nazis y el número de trabajadores empleados en fincas medias y pequeñas. Los tantos por ciento de la votación son puestos en relación con los tantos por ciento de los trabajadores agrícolas y con el número de fincas de dos a veinte hectáreas (pequeñas), de veinte a cien (grandes) y los latifundios de cien hectáreas en adelante. Allí donde las correlaciones son positivas para los nazis, resultan negativas para los partidos marxistas.

Se establecen las correlaciones entre la estadística profesional del Reich y sus grupos de propietarios, empleados y funcionarios, asalariados y miembros de familia empleados en los negocios o en la finca del cabeza de familia, buscando así las relaciones entre los partidos políticos y las clases. Así se observa cómo los nazis no ganaron terreno entre los trabajadores de grandes empresas industriales, comerciales o de transporte. Este trabajo minucioso e importante está lleno de referencias a la estructura ecológica que sirve de fundamento al mismo. La distinta actitud del trabajador agrario marxista y la clase media de tradición liberal frente al nazismo, está determinada por el oportunismo de una clase media en descomposición frente a un proletariado lleno de fe en una ideología política. Es de lamentar que no se hayan contrapuesto también los tantos por ciento de parados por distritos en las distintas elecciones con los resultados electorales, como lo hacen Knud Brit y Erit Hobsen en «Dansk Nazisme under Besaettelsen» (17).

En las últimas páginas, Heberle plantea el problema de qué

---

(17) Publicado en *Nordiske Studier i Sociologi*, bajo la dirección de TH. GEICER.

actitud adoptarán estas gentes al terminar la guerra de 1939, sobre todo respecto a la juventud que no llegó a conocer el juego democrático. Piensa que ésta estará mucho más dispuesta a aceptar cualquier crítica del régimen nazi que las generaciones intermedias que llegaron por su propia convicción al nacionalsocialismo. Sin embargo, nos atrevemos a sugerirle a él, o a algún investigador curioso, un detenido estudio de las elecciones posteriores a 1945, para así sacar algunas conclusiones sobre cómo vuelven a la democracia los antiguos nazis. No dejaría tampoco de ser de extraordinario interés ver las transformaciones producidas por la dominación y derrota del totalitarismo.

\* \* \*

Esta reseña tan amplia no estaría justificada si no nos permitiera trascender de esos infinitos matices de método que refleja el modo de tratar los datos, a un esbozo de los supuestos y fines de la sociología electoral (18). Aunque sea a título provisional y como esquema a perfeccionar y modificar en cada estudio concreto en función de la realidad, y de los fines del mismo, nos atrevemos a esbozar esos supuestos y fines.

I. Toda sociología electoral supone un conocimiento detenido del medio. Para que éste sea posible, el ámbito geográfico habrá de ser limitado, aunque lo suficientemente amplio para tener carácter típico. Incluso se podría pensar en distritos distintos no contiguos o cuando se trate de hacer un estudio comparativo en distritos heterogéneos incluso en la misma provincia, por ejemplo, uno latifundista, otro de propiedad media, otro minifundista (huerta), uno próximo y otro alejado de la capital, etc. El cuadro, que ha de ser lo más sintético posible, y de serlo gráfico, debería comprender: 1.º La estructura geográfica. 2.º Un estudio demográfico: crecimiento de población, distribución de sexos por edades, fenómenos de inmigración y emigración, sobre todo en relación con las urbes próximas; densidad. 3.º La estructura económica, especialmente los tipos de propiedad y empresa (pensemos en las correlaciones señaladas por Heberle). 4.º Datos relativos al ciclo económico, tanto de la nación como de los productos industriales y agrarios producidos en la zona elegida: depresiones, crisis, momentos de alza, etc. 5.º

---

(18) Para una bibliografía sobre el tema (bastante escasa), vid. al final.

Distribución profesional de la población. 6.º Paro. Y pasando a un plano menos estadístico, unas notas sobre: 1) Sociología religiosa de la zona; 2) núcleos de influencia social, política y económica (a cuya estructura política habrá de dedicarse un especial interés, porque muchas veces permitirá explicar las de su zona de influencia; 3) tradiciones políticas e históricas que puedan influir (por ejemplo, en España las guerras carlistas); 4) organizaciones o asociaciones de intereses (grupos de presión); 5) organizaciones sindicales y sus actividades; 6) casinos o núcleos intelectuales que puedan haber influido; 7) minorías culturales y lingüísticas, especialmente donde haya habido fenómenos de separatismo o autonomismo; 8) la propaganda política en sus distintas modalidades y su influencia (como modelo podían tomarse ciertos estudios americanos). Naturalmente que estos mismos datos habrán de verse dinámicamente y con sentido histórico. Todo este conjunto debe estar presente en la mente del investigador cuando se acerque a las frías estadísticas electorales. Porque «todo estudio aislado de los varios elementos de la sociedad es, por la naturaleza misma de la ciencia, profundamente irracional y será siempre por esencia estéril (19).

II. Un profundo conocimiento de la sociología de los partidos políticos (por ejemplo, en Max Weber y el interesante libro norteamericano de Mac Kean: «Party and Pressure Politics», Cambridge, 1949), resultará imprescindible, así como la del comunismo y sus métodos de acción, tan distintos en los partidos tradicionales (20). Esa teoría general, sin embargo, habrá de transformarse en un «Case study» de los partidos en juego en el ámbito elegido. Justamente el estudio debe darnos un más completo conocimiento de la extracción social de la composición de los partidos (21), sus líderes y sus representantes parlamentarios y de la actitud por ellos adoptada. (En este aspecto el capítulo final de Siegfried puede tomarse como modelo.) La distinción entre tres grupos: miembros activos del partido; adheridos, colaboradores y simpatizantes, y simples votantes del mismo, puede ofrecer interesantes temas de estudio y comparación.

(19) COMTE, *Cours de Philosophie Positive*, lib. IV, pág. 225, edic. Liteh.

(20) J. MONNEROT, *Sociologie du communisme*. Gallimard, 1949. Paris.

(21) Ya en 1924, GEIGER, en *Die Masse und Ihre Aktion*, pág. 95, proponía una «estadística social de los partidos y sus cambios de estructura» como tema difícil, pero digno de estudio.

III. Un conocimiento de la legislación electoral resulta imprescindible, incluso para corregir los posibles fraudes para una más exacta apreciación de estos datos. Estos fraudes, el caciquismo y la violencia habrán de ser, sobre todo en España, muy tenidos en cuenta, porque también son un fenómeno sociológicamente relevante.

IV. El ámbito temporal habrá de fijarse, naturalmente, en función de los objetivos propuestos: si éstos son de índole histórica habrá de ser mucho más amplio —aunque se dé menor importancia a las correlaciones sociales económicas—, pero si lo que nos proponemos con la sociología electoral es tener el cuadro de posibilidades de actuación, y algo semejante al «precipitado» de esa compleja reacción entre las ideologías políticas y las realidades sociales, habrá de ser mucho más reducido. Entonces la intensidad del análisis habrá de ser distinta para diferentes etapas de la evolución política. En España, por ejemplo, salvo una breve referencia histórica, la penetración del anarquismo y del socialismo podrían ser los puntos de partida, aunque el estudio se centrara en las elecciones posteriores a la dictadura. Justamente en este caso la proximidad temporal entre los distintos comicios ofrece una interesantísima posibilidad para ver la estabilidad, inestabilidad y oportunismo de las posiciones políticas.

V. Sin embargo, el supuesto fundamental de todo estudio o sociología electoral, manifiesto o no, consciente o inconsciente, es la determinación del objetivo de la investigación. Este puede limitarse a un estudio histórico (por ejemplo, de las elecciones del 19 español, o de las consecuencias de la implantación del sufragio universal) o ser auténticamente sociológico. El fenómeno electoral entonces sería un elemento característico y mensurable de una complejísima trama social; sería la más interesante y compleja de sus componentes, a la vez que expresión de toda una dinámica social y, por tanto, de inconmensurable valor histórico. Al mismo tiempo sería un instrumento imprescindible para el político, que en el poder no se serviría de la mera propaganda electoral, ni se guiaría ya sólo por el criterio de la mudable opinión pública. Su instrumento sería una política que transformase la estructura social para que ésta respondiera a sus aspiraciones, al mismo tiempo que conocería perfectamente la realidad sobre la que su política va a actuar, no la «opinión» muchas veces mera ideología. Así no se haría propaganda o represión anticomunista, sino que se podría saber



quiénes, cuántos y por qué son comunistas. Y con este saber el político podría actuar haciendo que «esos» no lo fueran e incluso que no lo pudieran ser en el futuro. Y podríamos decir con Freyer: «Sólo en esta forma cualificada de un análisis del presente con categoría dinámica de un diagnóstico del presente, adquiere validez para nosotros la forma de pensamiento de la «Social Review» (podríamos decir sociografía o geografía social).

No obstante, el problema de en qué medida la sociología puede tornarse política o instrumento de la misma —y más aún en temas de sociología política— es, sin duda, el más grave de los muchos que tiene planteados la sociología. No es menos grave como problema personal del sociólogo.

JOSÉ LINZ

GEORGES LASSERRE: *Socialiser dans la liberté. La vocation de l'Europe*. París, Editions Albin Michel, 1949, 315 págs.

Se suele decir que el francés es un hombre que tiene el corazón a la izquierda y la faltriquera a la derecha. Del autor de este libro podría decirse, a la inversa, que tiene la bolsa a la siniestra mano y la víscera cordial a la diestra. Su análisis implacable del capitalismo y sus simpatías por métodos socializantes de la economía planificada dan buena fe de lo primero, mientras su defensa a la europea de los valores permanentes de la persona y de la llamada civilización occidental acreditan lo segundo. El *slogan* publicitario del libro subraya esas características: ni capitalismo a la americana ni colectivismo a la rusa, sino una auténtica solución europea. Al cabo, una manifestación más de esa conciencia que, lentamente, Europa va adquiriendo de sí misma.

Del río de libros que el batir de las prensas hace llegar a nuestras manos diariamente hay que destacar el gran porcentaje dedicado a las cuestiones que en nuestra época plantean las espinosas relaciones entre la economía y la política. Pero acontece que muchos de ellos no ven el campo de relación entre los dos sectores, antaño separados, como el resultado de una superposición, de una mutua penetración de los problemas económicos y de los problemas políticos, sino como una especie de *niemand's Land*, en que es permisible el *dillettantismo* hacia uno u otro frente. Por eso es frecuente que

adolezcan de falta de rigor en su construcción. En este caso, sin embargo, se trata de la obra de un economista que va mostrando, en lo indispensable, la esencial conexión que con la política guarda la economía actual. Y ello como resultado de un riguroso proceso histórico que el autor va puntualizando.

Para Lasserre, el problema que planteó sobre el mundo la revolución industrial ha tenido hasta ahora tres intentos de solución. En primer lugar, el capitalismo de la libre concurrencia, que imperó casi todo el siglo XIX. De signo eminentemente liberal, estaba montado sobre la creencia en unas leyes naturales del equilibrio económico, capaces de producirlo automáticamente. Oferta, demanda, precios y salarios eran factores que concurrían libremente en un juego de compensaciones para producir en cada momento un equilibrio automático, según unas leyes permanentes e inalterables. Sin embargo, este capitalismo liberal no llegó nunca a darse en toda su pureza, porque en su propio seno pululaban los gérmenes de su adulteración. De un lado, los trastornos que produjo en la sociedad exigieron la intervención del poder político en una primera fase de leve intervencionismo estatal, en que la acción del Estado se ejercía sobre puntos particulares para remediar situaciones concretas: así, las leyes sociales protectoras de los trabajadores, la política de imposición, la de aduanas, la de subvenciones o primas a la producción, etc. De otro, el hambre de beneficios, propia del espíritu capitalista, llevó a que desde dentro se destruyera el sistema de la libre concurrencia, dando paso a la etapa subsiguiente del capitalismo monopolista.

En esta segunda solución ya no queda la vida económica abandonada a sus leyes automáticas, sino que en cierto modo se produce una planificación, pero una planificación que tiene la característica de ser apolítica y estar orientada exclusivamente desde el punto de vista del régimen de beneficios del capitalismo. Es el momento en que éste comienza conscientemente a dirigir la economía en su propio provecho mediante la utilización de poderosas entidades, como los *trusts* y los *cartels*. De los contactos entre la economía y la política, ésta sale muy desprestigiada, porque el capitalismo la utiliza como un arma más en su lucha por el poder económico. Al propio tiempo, la parte no capitalista de la sociedad ha cobrado conciencia de la fuerza que le da el número, y, organizándose, hace que ya no sea posible seguir considerando al trabajador como un factor más en la producción. A su vez, bien por métodos democrá-

ticos, bien por procedimientos revolucionarios, el poder político pasa muchas veces a manos de esta parte no capitalista de la sociedad, y en tales casos se plantea con toda su crudeza el tránsito a la etapa siguiente de la economía planificada.

En ella, el método racionalista del *planning* pasa de manos de las grandes empresas capitalistas a las del Estado. Ya con las grandes crisis cíclicas del periodo entre las dos guerras el Estado había comenzado a dirigir la economía, excluyendo el automatismo de los mercados, ya violado por el propio capitalismo. Pero entonces el Estado se limitaba a modificar algún elemento del equilibrio económico, dejando producirse la reacción que desencadenaba su intervención; por ejemplo: limitación de producción, fijación de precios, etc. A esta fase corresponde la política económica comenzada desde 1931 en Alemania e Italia, y desde 1933 en Estados Unidos. Pero ahora, con el régimen de planificación, el Estado toma en sus manos todos los elementos del equilibrio económico. En cada mercado, actúa sobre los precios, sobre la oferta y sobre la demanda, excluyendo, pues, totalmente, el automatismo liberal. La vida económica entera se desarrolla bajo la dirección del Estado y según las previsiones de un plan de conjunto. Ha bastado para ello traspasar a la totalidad de la vida económica nacional los métodos de racionalización utilizados por el capitalismo monopolista y sustituir la idea de beneficios por la de interés general.

La economía liberal estaba regulada *a posteriori* por el nivel de los precios que venían a sancionar, cuando ya era tarde, los errores cometidos. La planificación opera al contrario. Aquella era una economía del revés; la planificación viene a colocarla con los pies para abajo. Sustituye el principio de los beneficios máximos por el del interés general. Pero ello implica serias dificultades. Estando en las manos del Estado, se orientará hacia el interés general en la medida en que lo esté la política económica del Estado. En último término, es un problema de hombres, de su clarividencia, de su independencia respecto a intereses particulares, etc. Y sobre todo, de la idea que se tenga del interés general, concepto sujeto a interpretaciones diversas. Los organismos encargados de suministrar interpretaciones válidas del interés general son los partidos. La economía planificada, pues, es una economía que ha perdido su autonomía y queda subordinada a la política. El papel del partido nacional-socialista en Alemania y del partido comunista en la U. R. S. S. ha sido decisivo en el funcionamiento y en el éxito

de la planificación. La economía planificada vale lo que valen el Estado, los hombres que en él mandan y el partido en el poder.

En toda esta trayectoria se trata, pues, rigurosamente, según el economista de Lyon, de un tránsito inexorable de lo espontáneo a lo organizado. Y nada nos permite esperar que esta evolución cese. Ante la complejidad creciente de los problemas económicos actuales se comprende ciertamente la nostalgia de muchas gentes por los equilibrios armoniosos y espontáneos de la época de la concurrencia libre. Pero la evolución que nos hace pasar poco a poco del reino del automatismo al de la organización no es privativa del sector económico. Jurídicamente, los contratos libres ceden ante el régimen del *status*: contratos dirigidos. Asimismo estamos en la época de la orientación profesional, de la salud dirigida, de la natalidad dirigida... Y Carrel ha mostrado la progresiva debilitación en el hombre de las funciones de adaptación bajo el influjo de la civilización. Doquiera, el papel de lo instintivo y automático retrocede ante el de lo consciente y racional.

Todo esto ha de llevarnos a la convicción de que no hay posibilidad de retorno al pasado. La historia es irreversible. Lo que otrora hizo la grandeza y armonía de la economía liberal no fué el hecho negativo de la abstención del Estado, sino el hecho positivo de la libre concurrencia, que gracias al mecanismo de los precios permitía al juego de las famosas leyes automáticas asegurar el equilibrio. La abstención del Estado no era más que consecuencia del buen funcionamiento de la libre concurrencia; su intervención creciente no fué sino el resultado del abandono progresivo de esta libre concurrencia por parte del propio capitalismo. Muchos liberales nostálgicos de hoy toman el efecto por la causa. Para volver a un régimen liberal auténtico no bastaría, pues, con que el Estado abandonase su intervencionismo. Sería preciso recorrer a la inversa el proceso histórico que ha llevado desde el capitalismo liberal a la economía planificada, pasando por la fase del capitalismo monopolista y las situaciones de intervencionismo estatal y economía dirigida. Sería preciso suprimir los *trusts* y *cartels* por un lado, los sindicatos y huelgas, por otro. Sería preciso abandonar los grandes sistemas de previsión social y el sentimiento de seguridad social. Todo lo cual es imposible. No es posible resucitar la concurrencia, allí donde se ha suicidado. Si el Estado abandonase la dirección de la economía, no se restauraría por ello el sistema armonioso de los equilibrios automáticos. A la economía dirigida

y planificada por el Estado sustituiría de inmediato, no una economía liberal, sino una dirigida y planificada por los *cartels*, los *trusts*, los bancos y aun las corporaciones de trabajadores.

A lo ineludible del hecho corresponde, pues, la búsqueda de soluciones inmediatas. Para ello Lasserre, sin demasiados optimismos, propone una solución federalista y cooperativa. Federalista, por cuanto es imposible seguir pensando ya en soluciones económicas nacionales; la planificación tiene que ser forzosamente internacional. Y cooperativa por cuanto hay que abandonar la idea capitalista de los máximos beneficios para el capital. Se hace necesario llegar a una humanización de los beneficios, sustituyendo el principio de «cada uno para sí» por el de «es preciso que todo el mundo viva». La solución es, pues, socializante, pero implica el gravísimo riesgo de que, según el modelo ruso, se llegue a un aniquilamiento de los valores autónomos de la persona humana, y entonces el remedio sería peor que la enfermedad. Hay que advenir a este socialismo económico salvaguardando siempre los valores humanos esenciales propios de la civilización occidental europea. Para ello postula una «economía de la persona» montada sobre una «democracia económica», distinta de la política, con participación en los beneficios y en la gestión y responsabilidad de la empresa.

Pero todo esto corre el riesgo de parecer utópico si no queda apoyado sobre el hombre concreto y real, al que hay que preparar para estas nuevas tareas que le esperan. Al cabo, se trata de un problema antropológico de educación. Necesitamos una pedagogía que prepare al hombre para el colectivismo; pedagogía con fe en el amor, como núcleo vivo de la personalidad humana.

F. MURILLO

CARLOS OLLERO: *Derecho constitucional de la postguerra. (Apuntes para su estudio.)* Librería Bosch. Barcelona, 1949.

Decía agudamente Nicolás Ramiro Rico en reciente ocasión que el estar o no adscrito a una posición jurídicoformal en el campo del Derecho constitucional, se debe, sin duda, a principios filosóficos, posiciones de escuela, desenvolvimiento del pensar en el proceso histórico del descubrimiento de la realidad; pero, por de pronto, en algo muy sencillo: a que lo preceptuado en las Constituciones

de una época responda verdaderamente a la estructura política efectiva o esté, por diversas razones, separado de la misma, formando con respecto a aquélla una costra abstracta a la vez que instrumental. Si abrimos la Constitución española de 1876 nos encontramos con que allí se delinea un conjunto de instituciones que, mejor o peor, funcionan y en cierto modo son verdad: el rey, las Cortes, los ministros, las leyes, los tribunales. Si abrimos, en cambio, algunas de las Constituciones contemporáneas, especialmente las del ámbito oriental de Europa, nos encontramos con que el cuadro institucional no es sino la expresión, y a veces el encubrimiento, de una realidad política fundada en principios y valores cuyo despliegue no es presidido por el articulado constitucional, sino que éste dice en rigor cosas cuyo significado habría que entender directamente en función de aquella realidad. Por ejemplo, el derecho de asilo acogía en las Constituciones anteriores, no, por supuesto, toda actividad política, pero sí aquella actividad política considerada como no delictiva; en la Constitución de Yugoslavia, en cambio, ese derecho de asilo habrá de entenderse, no sólo dentro de unos límites, sino al servicio de una idea y de una realidad política concretísimas. Esta observación, cuyo comentario nos sirve de pórtico a la presente reseña, plantea cuestiones de fondo.

¿Es que existe algún Derecho constitucional no condicionado por la realidad histórica? En rigor, las Constituciones del siglo XIX, ¿estaban menos apoyadas en la realidad histórica y política y en las fuerzas sociales que la representaban que las contemporáneas de esta segunda postguerra? En cierto modo, sí; en cierto modo, no. Un condicionamiento básico que pertenece a la estructura misma de las realidades y de las formas políticosociales vivientes es común a ambos órdenes de cuerpos constitucionales; pero hay una acepción más concreta de ese concepto, en la que unas y otras se separan. En las primeras, lo que se declara en el texto responde a una realidad social, pero no pretende servirla como formal y técnico instrumento de la misma. En las segundas, esa realidad social, no sólo condiciona, sino que constituye una política decisiva y terminante, de la que la Constitución es mera expresión, lo que puede verse de un modo muy claro en el constitucionalismo del Oriente continental. Se declare paladinamente o se encubra bajo formas del pasado, la Constitución, en estos casos, no es el cauce delimitativo de unas actividades políticas posibles, ni siquiera tan sólo el guión orientador de las mismas, sino que es el instrumento for-

nal y estricto de una política previa y absoluta. No viene ello, claro está, de la postguerra, sino que en ésta cuaja una realidad política y una forma constitucional antes preformadas. Los regímenes radicalmente nacionalistas y el soviético, totalitarios, en suma, abrieron brecha en este sentido. Con anterioridad, la estructura formal de las Constituciones estaba condicionada, desde luego, por la realidad política y social; pero no de un modo estrictísimo, cual es el caso del presente. Esto último no se nota en todos los ordenamientos constitucionales de nuestra época de un modo drástico y uniforme. Pero aun así, en los mismos sistemas occidentales las fórmulas expresan también de un modo estricto y directo una política. En este último caso, la democracia triunfante, con su sesgo antifascista al principio y extracomunista después; pero, en definitiva, una idea política viva, de la que el texto constitucional es instrumento. La cosa viene de atrás. Si la instauración del régimen político nacionalsocialista se hizo al amparo de la Constitución de Weimar, hizo notar Carl Schmitt hace tiempo que se trataba en rigor de un orden concreto diferente, y, por tanto, de una Constitución perfectamente distinta, cuyas raíces formales no podían ser idénticas a las anteriores, al expresar una nueva realidad histórico-social. En cambio, una política de inspiración socialista, triunfante tantas veces en Bélgica, no ha supuesto ni formalmente ni en la realidad un cambio en la estructura constitucional.

Carlos Ollero traza su cuadro magistral del constitucionalismo de la postguerra, cuando los conceptos mismos del Derecho constitucional se hallan en una doble crisis, la que supone la supervaloración de la realidad histórica y la que comporta el hecho mismo de que las Constituciones coetáneas están, no sólo condicionadas, sino estrictamente implantadas en aquella realidad. ¿Por qué camino optar en el estudio de este Derecho constitucional? ¿El formalismo antiguo? ¿La historicificación radical? La primera solución, sin más sería aceptable; pero la segunda estaría expuesta a un riesgo evidente: sustituir el estudio de las Constituciones por el de la realidad que late bajo ellas. Esto último sería, en cierto modo, paradójico; muy justo e inteligente sería examinar los reales supuestos sociológico-políticos que están en la base de la Constitución de la Monarquía española de 1876 o de las leyes francesas del 75. Pero precisamente lo fácil y obvio para un constitucionalista, no para un sociólogo ni para un historiador, sería advertir, por ejemplo, sagazmente que bajo la relativamente impecable Constitución

yugoslava del presente existe una concreta política, dirigida por un nombre de emperador romano, que circula y archicircula por todos los diarios del mundo. El problema para un profesor de Derecho constitucional parece que tiene que ser el inverso, aunque ello resulte extraño: explicar, en primer término, por qué a pesar de todos esos factores la realidad política se reviste de una forma constitucional, y, sobre todo, estudiar el sentido de esas formas sobre el soporte y el resorte de la política que las inspira. He aquí cómo al paso hemos dado en algo importante: lo que diferencia el pasado del presente constitucional no es que aquél no estuviese condicionado y éste sí por la realidad social subyacente, sino que ese condicionamiento era, en el constitucionalismo antiguo, un soporte, y en el coetáneo, además de eso, un resorte. Pero el estudio del resorte no puede eximir a un técnico del aparato movido por aquél.

Y no cabe duda que el aparato constitucional está ahí. ¿Cómo y por qué funciona? Sin plantearnos esta cuestión, el problema estrictamente constitucional quedaría rehuido. No se puede pasar de la forma política a la base sociológica, en el campo constitucional, sin precisar el sentido que sobre esa base cobran los conceptos que integran los articulados. La solución de Carlos Ollero ha sido la más aguda y, a la postre, la más eficaz. «Deslucida e ingrata labor», elusiva de «temas más sugestivos y brillantes», llama a su libro en el comienzo. Estas palabras tienen más fondo y, permítasenos decirlo, más ironía de lo que aparentan. Lo deslucido no es para él, seguramente, el acometer un estudio capital por su cometido para un profesor de Derecho político. Es otra cosa mucho más delicada, y, si se quiere, más grave: el permanecer fiel *cum grano salis* a una valoración formal y política de la estructura constitucional. Pero entiéndase bien que al hacerlo así responde a una posición por él firmemente mantenida en otros trabajos a que aludiremos, y es guiado por la necesidad de precisar el estricto objeto de su disciplina, problema más decisivo y delicado cuando ese objeto está en crisis. Prescindir de ese objeto para limitarse a describir con más o menos profundidad la realidad política subyacente al mismo sería tanto como confundir el salvavidas náufrago con el mar que le sostiene y anega. Es verdad, sin embargo, que el salvavidas es obra del espíritu y el mar de la Naturaleza; en cambio, en el Derecho y en la sociedad... Pero entonces hay que andar con más tino todavía, porque esa realidad política y social es también obra del espíritu, y ello explica que, auténtico o falsificado —siempre un



poco de todo—, ese espíritu, fatalidad suya, se exprese en formas. Y una de esas formas ficticia y verdadera es la constitucional. Estudiarla con rigor y explicar su sentido sobre la realidad histórica que la sostiene, pero sin anegarla sin más en esta última, es lo que hace el profesor Carlos Ollero en este libro. Y eso significa, entre otras cosas tal vez más discutibles, por de pronto, una muy modesta, pero muy necesaria: no perder el timón.

El profesor Carlos Ollero estudia las formas de que el Derecho constitucional coetáneo se reviste en su realidad histórica, pero tiene buen cuidado de perfilar los conceptos a que dichas formas responden. Una cosa es que la realidad histórica esté, no sólo en la base, sino en la promoción activa de las Constituciones, y otra que éstas, aun al servicio de aquéllas, presenten un cuadro de ideas y de instituciones que es preciso estudiar comparativamente con las del pasado. El autor no descuida esa realidad, pero la toma en cuenta, como así debe ser, para explicar la conexión y las diferencias de los conceptos constitucionales del presente con relación a los del pasado. Otra cosa sería escamotear el tema. Por ejemplo, al señalar el volumen de la figura del jefe del Gobierno, en detrimento de la Jefatura del Estado en las Constituciones occidentales, señala que eso no significa tan sólo un predominio del legislativo ni una preeminencia parlamentaria más propicia al primero que al segundo, sino el servicio a la realidad política democrática triunfante en la segunda guerra mundial. Los conceptos y las instituciones se estudian, pues, en función del sustrato histórico y social, que en este Derecho constitucional es resorte motriz a la vez que soporte; pero lo que no se hace es eludir la estructura, si histórica, formal siempre, del Derecho constitucional mismo.

Aun aceptando en términos generales lo anterior, podría preguntarse: ¿no hay, con todo, en el libro claro, denso, bien construido, del profesor Carlos Ollero un excesivo apego a los conceptos formales? De reconocerlo así habrá que entender la verdadera posición del autor ante el problema de su disciplina en crisis. No se olvide que Carlos Ollero ha dedicado al tema, con anterioridad a la obra comentada, uno de los libros más precisos y originales que en el campo del Derecho político aparecieron en España en estos años. Me refiero a la *Introducción del Derecho político* (comentado en nuestra REVISTA), aparecido precisamente en el año significativo de 1948. En estos tiempos de ruidosos centenarios no sobra tal vez celebrar alguno expresando en la cabeza un fecundo raci-

mo de ideas. En este último libro, primero de los publicados por el autor, se pretende deslindar el objeto del Derecho político del de la sociología. No voy a entrar en detalles ni a suscribir en bloque puntos de vista que, por ser agudos y vivaces, los tenemos candentes sobre nuestras mesas de trabajo. Pero sí he de decir que desconozco en la publicística española coetánea nada tan claro sobre este problema. Y confío en que, pasado algún tiempo, cuando las cosas rindan y rezumen su verdadero valor, este libro sea una decisiva piedra de toque. En capítulos muy apretados, plantea polémicamente el tema central de su disciplina en el presente. Trata de salvar la entidad jurídica y regulativa del Derecho político de su absorción por la sociología entendida como una sistemática de la realidad social efectiva. Claro está que, a la vez, plantea y resuelve el equívoco de confundir, al modo positivista filosófico, esa realidad con la de los hechos naturales, ya que, dicho sea de paso, también las formas y las ideas regulativas pertenecen a la realidad social; pero tales como son, y no decantadas en física mentalidad. «Una sociologización e historificación radicales amenazarían la peculiaridad del Derecho político como ciencia al convertir el Estado en el complejo de las formas sociales.» Estas palabras constituyen como un grito de combate que recorre toda la obra y se proyecta en la más reciente que ahora comentamos. El Estado, precisamente el Estado, en el rigor que ese término tiene, ¿va a quedar sumergido en una realidad social que ni siquiera en su orden se agota a sí misma? Ollero se da cuenta de que si el hombre es histórico no lo es sólo por lo que se vea forzado a hacer, sino que lo es de suyo, desde el principio, con la iniciativa entera de sus actos, y esto no autoriza de ninguna manera a excluir de la realidad histórica los anhelos profundos y las categorías válidas a que el hombre pretende servir. El Estado, concretamente el Estado (occidental si se quiere), y no toda forma política, ha sido en el más luminoso pensamiento europeo, con Santo Tomás, con Bodino, con Vitoria y Suárez, con Hegel, con von Stein, con Max Weber, con Hauriou, a salvo las enormes diferencias de pensamiento, la gran instancia humanística que sitúa al hombre por encima de las realidades sociales que le envuelven. Eso será más o menos posible y más o menos social. Pero no olvidemos tampoco que si la sociología de nuestro tiempo es con Dilthey, y más rigurosamente con Freyer, ciencia de la realidad, esa realidad, por ser humana, se da en formas vi-

vientes; pero que son constitutivamente formas. Habría que reconocer, más allá de Freyer desenvolviendo a su maestro Dilthey, que no sólo las formas de las agrupaciones, tales como el Estado, la familia, la clase o el estamento, merecen insertarse en la sociología, sino que habría que dar entrada en ella a las mismas estrictas formas, como las del Derecho, cuya realidad no se agota en su enunciación abstracta, sino en su condición de formas vivientes. Pero cuando la sociología conquista el terreno de las formas, entes relegado a un puro orden jurídico formal, es cuando no cabe subsumir el Derecho constitucional dentro de una interpretación a su vez parcial de la realidad histórica. (Me salta a la pluma decir que no creo que la realidad histórica se identifique con la social, pero me es imposible tratar ahora la cuestión.)

No es pues, en modo alguno, vano que el profesor Carlos Ollero intente muy temáticamente restablecer sobre la realidad histórica de su tiempo el perfil neto del objeto de su disciplina. Si algo hay en la sociedad —en la sociedad, no lo social— regulativo y determinante (aunque no de un modo absoluto, claro) es la política establecida en formas jurídicas. No podemos ahora precisar el alcance futuro de la posición interesantísima del profesor Ollero, todavía en sus fecundos comienzos. Pero no olvidemos a la vez que la razón histórica, iniciada por Dilthey, perfilada por Ortega, supone un delicadísimo instrumento interpretativo de las formas libremente iniciadas por el hombre, y no una subsunción de los productos del espíritu humano en un casualismo determinista; supone un comprender y explicar las acciones humanas más que un referirlas a conceptos previos y cerrados identificados con una realidad social que se da por hecha, y cuyo cambio habría que explicar justamente desde el ámbito de la propia razón histórica con todo rigor.

Finalmente, y sobre todo, la obra del profesor Carlos Ollero, al igual que otras estimabilísimas sobre la materia que con posiciones algo diversas han aparecido este año —me refiero, por ejemplo, al excelente *Manual de Derecho constitucional* de nuestro compañero en el Instituto de Estudios Políticos Manuel García Pelayo—, no transcurre como tantas otras en un devanar temas manidos, sino que constituye un vivo semillero de actuales y radicales problemas. Si invita a la polémica ello se debe a que es certera y viva. Pero no está de más señalar al paso que tal vez en estos años, y dentro del campo del Derecho político, se está produciendo un pensamiento

español que no desdice en nada, por su hondura y claridad, de las técnicas forjadas antaño. Y en este campo, no con la oquedad de las propagandas, sino con el brillo inicial de una obra en marcha, ocupa Carlos Ollero un destacado e insustituible lugar.

SALVADOR LISSARRAGUE

CARLOS ASTRADA, KURT BAUCH, LUDWIG BINSWANGER, ROBERT HEISS, HANS KUNZ, ERICH RUPRECHT, WOLFGANG SCHADEWALDT, HEINZ-HORST SCHREY, EMIL STAIGER, WILHELM SZILASI, CARL FRIEDRICH VON WEIZSACKER: *Martin Heideggers Einfluss auf die Wissenschaften. Aus Anlass seines sechzigsten Geburtstages*. A. Francke Ag. Verlag Bern, 1949; 174 págs.

Se trata de una obra colectiva en la que, a la vez que se festeja el sexagésimo aniversario del nacimiento de Heidegger, se intenta mostrar el influjo de su pensamiento sobre la investigación científica en estos últimos decenios. Los editores confiesan la insuficiencia del resultado, pues advierten que no hay referencia a la repercusión en los campos de la investigación histórica, lingüística, sociológica y biológica, ni tampoco —añadimos nosotros— al de las ciencias políticas, donde la influencia heideggeriana ha sido, probablemente, considerable. En la lista de los colaboradores echamos de menos nombres importantes entre los más allegados discípulos de Heidegger, pues si bien, por ejemplo, aparece el de Szilasi, faltan los de Eugen Fink y Otto F. Bollnow. En vez de la contribución del gran teólogo heideggeriano Bultmann encontramos la de Heinz-Horst Schrey. Aparecen, en cambio, nombres tan ilustres en el dominio de la ciencia, de la literatura y la filología clásica como Emil Staiger y Wolfgang Schadewaldt, y asimismo el del distinguido psicopatólogo Ludwig Binswanger, el del historiador del arte Kurt Bauch y el del físico C. F. von Weizsäcker. La única contribución no germánica es la del argentino Carlos Astrada. Por otra parte, los mismos editores reconocen también lo prematuro de su intento. Todavía no ha transcurrido el tiempo necesario para que la filosofía heideggeriana opere plenamente y menos en campos alejados de ella. Filosofía que, además, está muy lejos de haberse cumplido y quizá nos reserve, inéditos todavía, sus frutos mejores.

El libro se abre con un artículo de Heinz-Horst Schrey sobre

*La significación de la filosofía de Martin Heidegger para la teología*, en el cual su autor empieza por advertir en aquella un particular acercamiento a la teología. Pero este acercamiento, ¿es tangencial o significa un intento de superación de la teología mediante su resolución —y hasta disolución— en la filosofía? Según esta última intención, la revelación ya no sería más que expresión figurada, mitológica, de la dialéctica real de la existencia descubierta por el filósofo. Sobre la base de esta supuesta intención, y condenándola, el teólogo G. Kuhlmann, por ejemplo, considera que la filosofía de Heidegger es la «profanación» de la teología de Kierkegaard. Semejante interpretación se alia frecuentemente con otros intentos de «desenmascarar» esta filosofía, reduciéndola a expresión de la situación espiritual del hombre de nuestro tiempo. El autor cita como ejemplo la obra del jesuita Alfred Delp, traducida al español, *Existencia trágica*, y rechaza tales ensayos de apologética anti-heideggeriana, fundados en *slogans* como los de «secularización», «nihilismo» y otros de la misma especie. A juicio del autor, Heidegger mismo ya, en su conferencia «Fenomenología y teología», dictada en 1927 y no impresa aún, adelantó las bases para un planteamiento adecuado del problema.

La filosofía de Heidegger quiere ser ciencia. Pero ciencia trascendental, es decir, que se constituye y determina entitativamente a sí misma, en virtud de un proyecto *a priori* conquistado desde el ser. Por el contrario, las ciencias positivas consisten en la objetivación del ente. Y en este sentido también la teología debe ser considerada como ciencia positiva, pues tiene su *positum*, la fe cristiana.

¿Cuál es la relación justa entre la filosofía y la teología? La teología hace uso del entendimiento precristiano de la existencia para la clarificación de sus propios conceptos; así, esclarece el de «pecado» mediante el de «culpa», etc., y la filosofía sirve de correctivo, indirectamente, a la teología. Una y otra, la ciencia óntica y la ontológica, hállanse en mutua comunicación, pues ambas se ocupan del sér del hombre. Pero el objeto de la teología es reconocido por Heidegger como genuino, independiente y propio. Justamente, éste es el verdadero sentido de su «ateísmo». Esta filosofía es a-tea en cuanto que reconoce sus límites: de Dios es la teología, no la filosofía, quien tiene que ocuparse, quien puede legítimamente hablar.

Respecto a la significación de la teología es fácil advertir la huella

rreligiosa que ha quedado de ella, en contraste con el «existencialismo» de Sartre. El autor añade que la filosofía de Heidegger se compadece mejor con el protestantismo que con la teología tomista, y termina poniendo en cuestión la tendencia a la «desmitologización» del teólogo heideggeriano Bultmann.

El estudio de Robert Heiss, *Psicologismo, psicología y hermenéutica*, toma su punto de partida en la distinta actitud que ante la psicología han adoptado Husserl y Heidegger. Husserl, en su lucha justificada contra el psicologismo, fué demasiado lejos, y separó tajantemente la filosofía de la psicología. Es verdad que también Heidegger deslinda su tema del tema de la psicología, como, por lo demás, de cualquiera otro. Pero la discusión entre Husserl, Heidegger y la psicología se mueve en torno al concepto de «Verstehen». Una de sus especies es la evidencia lógica. Pero junto a ella hay, por ejemplo, la seguridad de la muerte y, en general, el entendimiento de las «situaciones-límite», tratadas por Jaspers en un libro que se titula, precisamente, «Psicología»: *Psicología de las concepciones del mundo*. Es verdad que la investigación de Heidegger no se queda en lo psicológico; pero su método sigue estando cerca del método de la psicología, no la tradicional, pero sí la filosófica de Kierkegaard y Nietzsche y la psicoanalítica de Freud, incluso en su carácter «descriptivo» y «destructivo» (descubrimiento de lo que se revela y no se muestra a través de *otra cosa* que se muestra). Heidegger, pues, trasciende la psicología en la misma línea en que lo hicieron Descartes, Kant y Hégel: mediante el esclarecimiento de la relación del hombre consigo mismo. El destino de la filosofía moderna está, pues, ligado —pese a Husserl— a lo que en sentido moderno llamamos psicología, si bien la heideggeriana sobrepasa toda psicología, e incluso funda la *Forschungssituation* del psicólogo. Heidegger ha vuelto a abrir el camino que intentó cerrar Husserl, y la psicología misma ha empezado ya a beneficiarse de esta nueva situación filosófica.

Hans Kuntz indaga *La significación de la Analítica de la existencia de Martin Heidegger para la psicología y para la antropología filosófica*. A partir de Max Scheler, las antropologías, según se ha dicho, «brotaban como hongos». La actitud de Heidegger es, por el contrario, decididamente antiantropologista. Sin embargo, y pese a las reiteradas protestas de su autor, la Analítica de la existencia ha seguido malentendiéndose como una especie de psicología, y sobre todo de antropología, y no sólo por adversarios,

sino incluso por discípulos tan distinguidos como Binswanger y Bollnow. Es porque en la esencia misma de la existencia arraiga una ambigüedad, una «mala inteligencia», inevitable y casi indispensable. Por otra parte, Heidegger no nos negará el derecho a considerar sus «existenciales» bajo el aspecto de simples caracteres de la *humanitas*, del *sér del hombre*, ni tampoco el de trabajar para la tal antropología, puesto que él mismo declaró en *Sein und Zeit* que la analítica de la existencia «aportaba sólo algunos fragmentos, pero no inesenciales», «para realizar el propósito de una posible antropología, o sea para su fundamentación ontológica». Hay, además, una semejanza, por lo menos superficial, entre Heidegger y el psicoanálisis y la caracterología: la coincidencia en el principio metódico, según el cual se tiende a buscar tras las exteriorizaciones un proceso oculto, que puede ser lo subconsciente, o bien la verdad como descubrimiento y la existencia implantada en la no-verdad. El autor termina con algunas consideraciones sobre el «ideal de existencia», el significado de la angustia en la ontología heideggeriana y la relación de finitud.

El artículo de Ludwig Binswanger trata de *La significación de la analítica de la existencia de Martín Heidegger para la comprensión de sí misma de la psiquiatría*. Esta significación de la analítica de la existencia es doble: 1) Da a la investigación empírica psicopatológica una nueva y más amplia base; y 2) Pone a la psiquiatría, gracias a la elaboración del concepto existencial de ciencia, en situación de darse cuenta a sí mismo de la realidad, posibilidad y límites de su proyecto y horizontes científicos.

1) Con la determinación de la estructura fundamental de la existencia como *ser-en-el-mundo*, Heidegger ha hecho posible al psiquiatra estudiar, en su pleno sentido y libre de «teorías», los fenómenos que investiga. Es verdad que la actitud fenomenológica, y como tal puramente descriptiva, procede de Husserl; pero éste la había residenciado en la intencionalidad de la consciencia, en el ego trascendental. En este sentido, la tarea de Heidegger ha consistido en fundar esa intencionalidad de la *consciencia* en la temporalidad de la *existencia*; por eso Sartre, al replantear el problema a partir de la consciencia, no hace otra cosa que perder terreno, renunciar a la última conquista. Pero esta primera significación del pensamiento de Heidegger para la psiquiatría ya ha sido estudiada por el autor en otro lugar, por lo cual aquí se limitará a desarrollar la segunda.

2) Para el entendimiento de sí misma como ciencia, a la psiquiatría no le bastan sus propios métodos, sino que ha de recurrir, forzosamente, a los filosóficos. A diferencia de la biología o las ciencias del espíritu, la psiquiatría parece no poseer un objeto unitario, pues debe ocuparse, a la vez, del «organismo enfermo» y del «alma enferma», bien en sí misma o por perturbación de la relación justa con los otros hombres, con la comunidad. Se insinúa, pues, una escisión en la tarea misma de la psiquiatría. Escisión que crea una situación difícil, porque en cuanto se deslice un principio de subjetivación o responsabilización ya no se trata, en rigor, del «organismo» en el puro sentido de la ciencia médica, y si, al revés, se objetiva la psique, «lo humano» desaparece también. Pero, justamente, en la situación actual de la psiquiatría, cuando esta tensión cuerpo-alma se ha agudizado hasta el extremo, cobra la máxima significación la analítica de la existencia, que, desde el principio, pregunta por el sér del hombre entero en su trascendencia real y no por su «cuerpo», su «alma» o su «espíritu». Y no se diga que «descuida el cuerpo», porque precisamente la derelicción, las *Stimmungen*, las impotencias y limitaciones de todo género, todo esto apunta hacia el cuerpo, aunque, es verdad, considerado siempre como cuerpo «humano». El descubrimiento del «cuidado» como ser de la existencia, por lo mismo que no supone la consideración del hombre desde una determinada *idea*, desde una *teoría* previa —por ejemplo, la de la voluntad de poder, la de la libido, etc.—, es de una extraordinaria fecundidad para la psiquiatría. La concepción del hombre «compuesto» de cuerpo y alma —así en Paul Häberlin— hace incomprensible cómo, por ejemplo, la melancolía procede unas veces de causas «somáticas», «psíquicas» otras, y se cura, según los casos, por una o por otra vía. El «alma», en la teoría unitaria de Szilasi, que el autor sigue, es la «existencia», que comienza a distanciarse de su derelicción y que como «espíritu» se hace ya completamente libre. Bienswanger cierra su artículo con unas palabras sobre el problema psiquiátrico de lo subconsciente y sobre el «ser del psiquiatra» en su relación no científica, sino existencial, con el enfermo. El centro de gravedad de la existencia del psiquiatra no puede estar, como el del matemático o el físico, fuera de su profesión. Esto le exige, en cierto sentido, la donación de la existencia entera: cuidado, amor, ciencia, filosofía, arte, religión.

*Interpretación e historia de la filosofía* se titula el estudio de



Wilhelm Szilasi. Fuera de Schelling y Hegel ningún filósofo ha dedicado una parte tan grande de su trabajo como Heidegger a la interpretación de textos filosóficos. Hegel llegó a dar remate a una historia de la filosofía; de una manera latente, el trabajo de Heidegger está presidido por una intención análoga. La función de la interpretación es recuperar la autenticidad de lo dicho, pese a la distancia histórica, al soterramiento de una transmisión aparentemente fiel o a la caída en el olvido. Pero no es un fin en sí misma, sino que se ordena a liberar el pensamiento interpretado de la influencia y el lastre historiales (*Historie*), e insertarle en la continuidad histórica (*Geschichte*) de la decisión al ser como destino del hombre.

Szilasi estudia las distintas etapas de la hermenéutica heideggeriana. Distingue un primer período «romántico», el de los años 1919-23, en el que el preguntante mismo se ve ya como puesto en la pregunta, y se siente la filosofía en toda su trágica intensidad como pasión del saber. Durante estos años se ocupa de Aristóteles, Sexto Empírico, Santo Tomás; busca el pasaje desde la dialéctica a la hermenéutica, traza el plan de una historia de la lógica. Del año 1923 proceden la «Hermenéutica de la facticidad» y el importante «Informe» a Natorp, en el que por primera vez aparece el entendimiento de la Aletheia como des-cubrimiento, y precisamente desde la unidad de los fenómenos Arete y Logos. La obra más importante del período siguiente, los años de Marburgo, es la interpretación del «Sofista» de Platón, que hace época, indudablemente, en la historia de la hermenéutica. A partir de este momento puede empezar a ejercer influencia, como de hecho la ha ejercido, sobre los filólogos (Schadewaldt, Kerényi, Staiger, Reinhardt), sobre los teólogos (Bultmann, el mismo Barth) y sobre la historia de la literatura, que antes se movía en el estrecho marco de los datos biográficos. los esclarecimientos de contenido, los paralelos, etcétera, y ahora tenderá a buscar, a través de cada palabra, de cada verso, la estructura total de la existencia del poeta y el mundo, no de sus vivencias, sino de su experiencia existencial.

La plena posesión de sus hallazgos hermenéuticos se manifiesta, completamente granada, en *Sein und Zeit*. Se advierte en Heidegger una evolución de sentido contrario a la de la mayor parte de los filósofos, que, sólo después de elaborado completamente su sistema, suelen buscar las confrontaciones para llegar incluso a escribir, siempre desde el punto de vista de su propio pensamiento, la his-

toria de la filosofía. Heidegger, al revés, conquistó su propia posición a través de la discriminación histórica, y por eso ha podido pensar la historicidad de la existencia y del ser con sin igual profundidad. El pensar mismo es historia, el pensador es exponente de la historia, ella habla por él. Sistema de la filosofía es historia del pensar. Pero historia es porvenir. Todo auténtico pensar piensa el comienzo del futuro.

*Sein und Zeit* fué proyectado, esencialmente, como ontología fundamental, y esta decisión se patentiza en los escritos siguientes: *Vom Wesen des Grundes*, *Was ist Metaphysik?* y *Vom Wesen der Wahrheit*. Las interpretaciones de Kant, Hegel y Schelling, que datan también de esta época, ponen de manifiesto la continuidad con el idealismo alemán, y ya no son analíticas como las del primer período, sino constructivas o reconstructivas.

La tendencia «ascética» en la ininterpretación alcanza todo su rigor en el estudio sobre Nietzsche, que se encamina sobriamente a su fin: el descubrimiento del Nietzsche metafísico. Pero interpretar a Nietzsche, como interpretar a Hölderlin o a Rilke, significa revelar la decisión que ellos han arrojado sobre nuestro destino, y ésta es una de las características de este último período de Heidegger. Otra es su convicción de la insuficiencia de la filosofía para la mostración de la realidad total de ser.

El estudio de los presocráticos es capital, como que constituye un «diálogo con la eternidad», es decir, con la primigeneidad del pensar. Toma, por ejemplo, una sentencia aislada de Anaximandro; pero hace converger en ella todo el pensamiento antiguo y la interpreta desde la totalidad, hasta alcanzar una nueva fundamentación del fundamento de la filosofía. Justamente en esto consiste el pensar la historia de la filosofía como realidad. Realidad que está aguardando aún la plena significación de Heidegger, que constituye un acontecimiento decisivo en el acontecimiento mismo del ser.

El artículo siguiente, de Kurt Bauch, versa sobre *La historia del arte y la filosofía de hoy*. La ciencia de la historia del arte se pregunta rara vez por lo que sea aquello de que se ocupa: el arte, la belleza, cuya esencia no puede precisar sin ayuda de la filosofía. Ante todo, es menester abandonar ciertas ideas recibidas como la de generalización. El arte es siempre único, por el contemplador, siempre uno, por el autor y, sobre todo, por su consistencia en la obra, obra de arte. Obra de arte, y no testimonio, repro-

«ducción o imitación, ni «vida» del artista o «vivencia» del contemplador, etc. Una obra es siempre *más* de lo que se pone o se ve en ella. Es un todo uno y único. Pero precisamente por única es histórica. Si se intenta analizarla poniéndola en un plano ahistórico, nada importante de ella nos queda. Es histórica en un doble sentido: por de pronto lo es en el sentido de la Historia (*Historie*): data de una fecha, es documento de una época que se refleja en ella, etc. Pero, además, es histórica en el sentido de irrepetible y única, imposible tanto antes como después de ella misma, porque es justamente ella la creadora de su hora.

¿En qué consiste la realidad del arte? ¿Qué acontece en él? Sin el arte viviríamos el mundo sin poder verle. El nos abre los ojos. Da al mundo un sentido, el de su manifestación. Esta manifestación tiene un nombre: belleza (que no tiene nada que ver con lo placentero o atractivo, ni siquiera en el fondo, con la armonía, la unidad en la variedad, etc.).

La belleza es una última instancia que no admite ulteriores fundamentaciones, ni del lado de la moralidad ni del lado del conocimiento. Más bien podría decirse que la belleza es para el arte lo que la verdad para la filosofía. El arte no pregunta nada (eso es cosa de la filosofía). Simplemente, manifiesta. De ahí la doble relación de la historia del arte: por un lado con este último, de cuyas nuevas creaciones tiene que depender la orientación del investigador; por el otro con la filosofía, a la que ha de preguntar por lo que es aquello de que se ocupa.

A continuación, Wolfgang Schadewaldt, en un diálogo que lleva por título *La aventura de Ulises*, expone de manera flúida los conceptos capitales y las figuras, que van introduciendo al lector en la concepción griega de la existencia. Naturalmente, un ensayo de este tipo es imposible resumir. Tampoco podemos hacer más que una somera referencia al análisis estilístico que en el ensayo *Zu Klopstock «Der Zürchersee»* lleva a cabo, páginas adelante, Emil Staiger, de la oda «El lago de Zürich», tan determinada por la métrica antigua y la influencia de Horacio, del que quizá procede también la nueva «ética de la poesía», que pone ésta al servicio de la sociedad burguesa, según el estilo del recocó literario alemán. Klopstock se sitúa en el comienzo de la nueva lírica germánica, que sólo con Goethe logrará el dominio de sus medios expresivos y la liberación de los «modelos». Por eso no pueden extrañarnos evidentes defectos: un cierto entumecimiento y tiesura de la len-

gua —y del alma—, la expresión de «sentimientos abstractos» y la incapacidad para sentir verdaderamente la naturaleza. El fuerte de Klopstock no es la intimidad, sino «lo sublime». Lo mismo que en vez de vivir el paisaje se eleva majestuosamente sobre él, su espíritu tiende a planear sobre esta vida, en espera y anticipo de otra más pura.

Tanto el ensayo de Schadewaldt como el de Staiger, a diferencia de los demás, en vez de hablar de la influencia de Heidegger lo que hacen es, pues, contribuir al homenaje con un trabajo de su especialidad, a través del cual puede transparecer la influencia del maestro.

Erich Ruprecht estudia *La significación de Heidegger para la ciencia de la literatura*. El desarrollo de la ciencia no es un proceso orgánico de evolución, sino que está presidido por el «espíritu de los cambios». El autor estudia este proceso a partir de Scherer (1885), y en Dilthey, Nadler, Gundolf, y el círculo de Stefan George, Rudolf Unger, Oskar Walzel, Julius Pertersen, Emil Ermatinger, Gunther Müller. Destaca, en fin, la obra de Verner Mahholz, con lo que llega a la situación de la ciencia alemana de la literatura en el momento inmediatamente anterior al gran impulso que ésta ha recibido del pensamiento de Heidegger y su meditación sobre la esencia de la poesía. Heidegger es el tercer gran pensador que, tras Schleiermacher y Dilthey, ha determinado el destino actual de la ciencia de la literatura, y su influencia es explícita sobre Emil Staiger; también, sin duda, la ejerce sobre Max Kommerell y Johannes Pfeiffer. Emil Staiger se ha esforzado por «deducir» los géneros literarios de los modos heideggerianos de temporalización, tarea a la cual el autor hace algunas observaciones. Más importante que ésta es, probablemente, la orientación a iluminar la poesía desde ella misma, considerada como totalidad suficiente. Es decir, que la poética, como la fenomenología, vaya «a las cosas mismas». También Ruprecht subraya la distinción entre la *Geschichte* y la *Historie*, que no es más que el primer término de aquélla, y destaca en este sentido la importancia, para el estudioso de su ciencia, del capítulo de *Sein und Zeit* sobre *Zeitlichkeit und Geschichtlichkeit*. En fin, la ciencia de la literatura es todavía muy joven. Lo importante para ella no son, pues, por ahora, los resultados obtenidos, sino la fuerza de sus preguntas. Aquéllos, aunque parezcan retrasarse, llegarán, como dice el autor con unos versos de Carossa, que cierran el artículo, a su hora.

El libro termina con un breve artículo de Carlos Astrada y otro brevísimo de Carl Friedrich von Weizsäcker. El primero, *Sobre la posibilidad de una praxis histórico-existencial*, comienza señalando que, según la filosofía de Heidegger, la existencia consiste en preocupación, y hay, por tanto, una primacía de la praxis sobre la teoría, en el sentido de que ésta es determinada por aquélla de tal modo que puede decirse que el hombre es un «teórico de la praxis». Heidegger previene, en *Sein und Zeit*, que «un análisis existencial fundamental no puede entrar en discusión sobre aquello a que la existencia se decida de hecho». Pero queda pendiente la tarea de dar el paso hasta una praxis existencial de la historia. Es verdad que también Heidegger declara que el problema de la estructura ontológica del acontecer de la historia universal traspasa los límites de su tema. Pero Astrada piensa que esta estructura puede ser deducida sencillamente de los análisis heideggerianos, y para mostrarlo traza un bosquejo de tal deducción. El artículo termina expresando la creencia de que, desde la perspectiva de la historicidad, puede prepararse el terreno para el «productivo diálogo con el marxismo» a que ha aludido Heidegger.

El artículo final, *Relaciones de la física teórica con el pensamiento de Martín Heidegger*, empieza con la afirmación de que todavía no se puede hablar de una influencia entre una y otro, pues en Heidegger apenas se encuentran alusiones a los problemas de la física, y los físicos, en su mayor parte, no han leído sino muy fragmentaria, muy insuficientemente, la obra de Heidegger. Sin embargo, la relación existe en virtud de una convergencia: ambos movimientos empiezan a aprehender, cada uno por su lado, un fragmento o una cara de la misma realidad. La física actual está abocada a las cuestiones filosóficas. Y en este sentido, la crítica de Heidegger a la ontología cartesiana es para ella preciosa. La separación sustancial de la *res cogitans* y la *res extensa* era el presupuesto metódico de toda la física clásica. Pero la problemática del «observador» en la física atómica contradice esta separación del sujeto y el objeto, y tampoco la división, en el sujeto mismo, de conciencia y cuerpo, es admisible; una observación es un proceso físico y, al mismo tiempo, un acto de percepción. El físico actual es conducido, no por «teorías», sino por la fuerza de los hechos, a alejarse de Descartes para encontrarse con Heidegger.

Un juicio de valor, en este caso inevitablemente sumario, pues tras la larga reseña no queda espacio para más, debe declarar que

todos los artículos son discretos, sin gran diferencia de nivel entre unos y otros, y sin que ninguno constituya aportación excepcional. Personalmente, los que más nos han interesado son el de Heinz-Horst Schrey, sobre teología, y el de Szilasi, que representa algo así como un primer esbozo de la «historia de los problemas intelectuales» de Heidegger, que diría Laín. Los artículos sobre antropología, psicología y psiquiatría merecen, sin duda, particular atención, sobre todo el último. Los referentes a arte y literatura apenas hacen sino glosar las ideas de Heidegger, si bien el segundo nos da, además, un rápido panorama de la «ciencia alemana de la literatura». El estudio de Staiger sobre Klopstock, siendo, ciertamente, valioso, no da, con todo, a nuestro juicio, la medida de lo que tiene que ser la crítica de poesía. Y en cuanto al de Weizsäcker, no llega a ser, ni con mucho —tampoco era posible en tan pocas palabras—, lo que para nosotros podría haber sido: una interesante réplica, desde el punto de vista del físico, a un ensayo español de todos conocido: *La idea de naturaleza: la nueva física*.

J. L. ARANGUREN